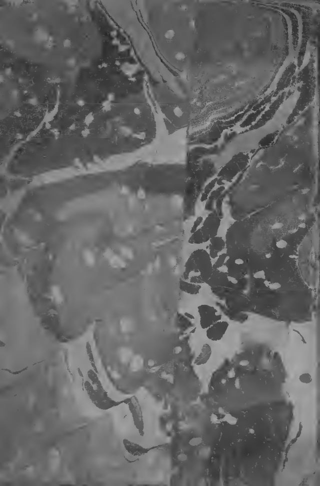
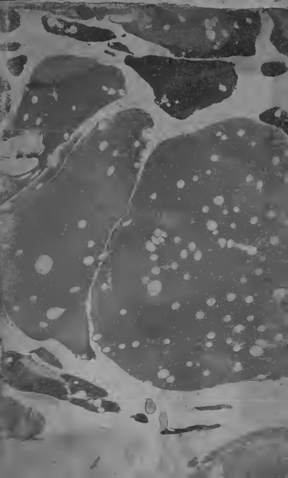
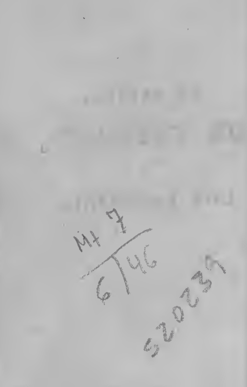






LA FAMILIA
DE VIELAND,
ó
LOS PRODIJIOS.


Mt 7
6|46

LA FAMILIA DE VIELAND, Ó LOS PRODIJIOS.

Puesta en español

POR EL DR. D. LUIS MONFORT.

Leed, y estremeceos; nada hoy aquí de fabuloso.

CUARTA EDICION.

TOMO III.



Valencia:
IMPRENTA DE CABRERIZO.
1839.

LA FAMILIA

DE

VIELAND,

ó

LOS PRODIJIOS.

HISTORIA DE CARVINO.

En vísperas de llegar á ser jefe de un imperio poderoso, y de un pueblo que he tomado á pechos sacar de la opresion; ignorando si la fortuna favorecerá el éxito de esta noble empresa, para el caso de que no pueda lograrlo, quiero que

á lo menos quede respetada mi memoria, dejando un monumento de mi existencia pasada; quiero que se sepa quien soy, y lo que he sido; y en fin quiero que se convenzan de que no hubiese ceñido la diadema la cabeza de un obscuro aventurero.

Soy hijo y nieto de rey, y aun yo mismo he llevado una corona. Mi abuelo fue aquel famoso D. Sebastian, rey de Portugal, que de resultas de una batalla que se dió el 4 de Agosto de 1578 contra Moluc, rey de Marruecos, desapareció, y se cree que murió en la refriega. Cuya novedad logró un crédito jeneral, castigándose á unos impostores que quisieron darse á conocer con el nombre del desventurado D. Sebastian.

A mí me toca, pues, descubrir esta parte ignorada de la historia, rasgando el espeso velo que ha ocultado su verdadera existencia, que voy á probar despues de aquella batalla, refiriendo por un manuscrito de su mismo puño, de qué modo se salvó del destrozo y mortandad, como vivió muchos años en el cautiverio; y habiéndose escapado de los dominios de Marruecos; sus estraños acontecimientos; las desgracias que sufrió, y cómo murió, despues de haber engendrado á D. Francisco, mi padre, á quien jamás he llegado á conocer; voy en fin á presentar el cuadro mas lastimero de las vicisitudes de esta vida, y recordar la caida mas formidable de las grandezas humanas.

Conviene tener presente que mi abuelo habia sido educado por los Jesuitas, cuya órden se acababa de fundar nuevamente, siendo su ayo D. Alejo de Meneses. Ellos le inspiraron con tiempo el gusto de las guerras de relijion, y el deseo de hacer triunfar la de sus padres, compeliendo á las naciones infieles á abrazarla. Siendo de un carácter ardiente y belicoso, apenas se apoderó de las riendas del gobierno, cuando ambicionando el título de propagador de la fe, tanto como el de conquistador, resolvió llevar sus armas hasta el Africa, para desplegar allí el estandarte del catolicismo. Los disturbios que aun duraban en el reino de Marruecos, aumentaban su confianza. Mahamet acababa de ser arrojado del trono

por Moluc su tio, siguiéndose una guerra civil á esta usurpacion. Moluc, despues de haber batido por tres veces á Mahamet, le habia precisado á abandonar sus estados, y venir á buscar un asilo en la córte de Portugal.

Empeñó á D. Sebastian á que le socorriera, asegurándole que le quedaban gran número de partidarios; que Moluc, atacado por una enfermedad de languidez, estaba incapaz de obrar; y jurole que si le ayudaba á reconquistar su reino, creeria recibirle de su mano, y como á tal le prestaría pleito homenaje, y que abrazaría de contado la fe católica, empleando todos los medios que estuviesen en su arbitrio para establecerla en sus estados. Esta promesa acabó de deter-

minar á D. Sebastian, el cual se comprometió á conducirle por sí mismo al frente de un ejército hasta el pie de su trono. En vano algunos vasallos leales que le eran afectos, intentaron disuadir á mi abuelo de aquella fatal empresa; pues contando con victorias fáciles, ya veia la cruz en lugar de la media luna en las cúpulas de las mezquitas. Alentado por algunos ambiciosos que pretendian su corona, suspendió los preparativos del casamiento, y confiando en los partidarios de Mahamed, se embarcó contra el dictámen de su consejo, y se atrevió á emprender á la edad de veinticinco años, y con trece mil hombres, el ir á combatir y vencer al mas valiente capitan del Africa.

Moluc, cuyo ejército ascendía á cuarenta mil hombres de caballería y diez mil de infantería, le dió tiempo, con una falsa retirada, á que hiciese el desembarco en Tánjer, y supo aparentar un temor, que estaba muy lejos de esperimentar, para hacerle dejar la ribera, é irle atrayendo en el pais. D. Sebastian, creyendo que caminaba á una victoria cierta, dejó las trincheras, y fue volando al encuentro de Moluc, el cual le aguardaba en una posicion ventajosa. La batalla fue muy reñida; y ya los moros parecian aflojar para retirarse, y los portugueses, como vencedores, se desparramaron en su seguimiento; entre tanto el príncipe Hamet, hermano de Moluc, al frente de su numerosa caballería,

los cerraba por todas partes.

No entraré en una relacion circunstanciada de esta batalla de Alcacar, de cuyo resultado se disputó por largo tiempo con la mayor porfía. Moluc iba ya desfalleciendo de fatiga, mientras que Mahamet se anegaba en sangre por salvarse de la mortandad, y que los portugueses, arrollados por todas partes, hacian vanos esfuerzos para escaparse de la muerte. El malhadado D. Sebastian, despues de haber peleado por mucho tiempo con la intrepidez de la desesperacion, cayó cubierto de heridas, y desapareció de la vista de los suyos. El corto resto de sus tropas que pudieron salvarse, entró en las costas de Portugal, para llevar la noticia de su muerte, y de que los

moros habian sacado su cuerpo mutilado á la vista de muchos de ellos que le habian reconocido. Pretendian algunos que el cuerpo que se habia puesto de manifiesto no era el suyo; otros aseguraban que en el estado en que le habian visto, estaba muy desfigurado, y que Don Sebastian se habia él mismo dado la muerte, para no caer vivo en las manos del vencedor. Sea lo que fuere, Hamet, al subir al trono de Maroc, remitió aquel cadáver á Portugal mediante un rescate considerable, en donde le hicieron exequias magníficas como al de un rey, depositándole en la bóveda de sus antecesores.

Entre tanto D. Sebastian no habia muerto en la batalla de Alcacar, sino que mucho mas desgra-

ciado respiraba todavía. Sin conocimiento, cubierto de sangre y de heridas, tendido con su caballo le hallaron los moros, y habiéndole reconocido por sus vestiduras reales, advirtiendo que no habia espirado, le habian llevado á una de las tiendas de Hamet, le recobraron á la vida con sus crueles socorros y asistencia. No era la humanidad ni los miramientos debidos á su persona, los que movieron á sus enemigos á conservarle la vida, sino el encono mas inveterado, y el proyecto de la mas atroz venganza.

Apenas comenzaba á restablecerse fue llevado á la presencia de Hamet, el cual le mandó que se arrodillase. D. Sebastian, creyendo que iban á sacrificarle á los pies

del tirano, obedece, y levanta su alma á Dios, aguardando con resignacion el golpe de la temible cimitarra que debia hacerle caer la cabeza. Pero luego, advirtiendo que el vencedor no se contentaba con su muerte, y que solo habia querido ponerle delante de sí en una postura humilde, se levantó de improviso, y fijando en Hamet su vista amortiguada, en la que se pintaba la indignacion que le consumía: »Aprende, Hamet, le dice, de que un rey de Portugal, aun vencido, no dobla la rodilla sino delante de Dios." Hamet le hace renovar la órden de que se postre, y una súbita llamarada cubre la palidez de su rostro, negándose á obedecer. Entonces le arrebatan los viles esclavos, y en su

estremada debilidad recibe en las plantas de los pies cien golges de corbacho, y ya casi espirando le arrastran por los cabellos á presencia de Hamet, de cuya boca oye salir esta terrible sentencia: — »Vil cristiano, tú vivirás, pero vivirás esclavo, y te juro por Mahoma, que ningun rescate podrá restituirte la libertad. Tus vasallos te creen muerto, y que tienen depositado tu cuerpo en el sepulcro de tus padres, y jamás saldrán de este engaño. Servirás al rey de Maroc, á quien quisiste destronar, y le servirás de rodillas. No dejarás esa postura de humillacion, sino en los cortos instantes de sueño, que rara vez te se concederán para prolongar tus penas. Jamás comparecerás de pies delante de mí. Es-

to es lo que Hamet pronuncia sobre la suerte del rey de Portugal. Que le lleven, para que se cuide de su existencia, puesto que ella ha de alargar el castigo, y satisfacer mi venganza."

Tal fue la sentencia que se fulminó contra D. Sebastian, y llevado entre la comitiva de Hamet á la capital, se le asistió con vijilancia hasta su restablecimiento. Bien eran necesarias todas estas precauciones, porque sabedor de los ultrajes que se le preparaban, hubiese sucumbido abreviando su desgraciada existencia, si su corazon en tan cruel tormento hubiera podido dejar de rendirse á un trato tan infame. No estaba aun para sostenerse en pie, cuando queriendo Hamet dar á las mujeres de

su serrallo el espectáculo, lisonjero para su amor propio, de un rey cautivo y vencido, mandó que puesta su ilustre víctima en una nárria, le paseasen alrededor de los jardines del serrallo, en tanto que aquellas mujeres por detras de las celosías de su aposento satisfacian una curiosidad provocativa. Habiendo sufrido aquella nueva humillacion le volvieron á su cuarto, hasta que estuviese en estado de entrar en el servicio indecoroso á que habia sido condenado.

En aquel intervalo fue cuando habiéndose esparcido por Portugal la noticia de que no habia muerto, sino que vivia como esclavo, se enviaron embajadores para tratar de su rescate. Hamet, por refinamiento de crueldad, hizo saber á

D. Sebastian la llegada y objeto de los embajadores, y la respuesta que les habia hecho dar, de que no podia tratar de aquel rescate, porque su rey ya no existia, y que ya habia enviado su cuerpo á sus vasallos. Quiso Hamet que los viera partir, desde donde no pudiese darles á entender que estaba alli, y que vivia aun; y le envió á decir irónicamente, que los tesoros de las dos Indias no bastaban para redimir á un rey de Portugal, á un valiente capitan, que no contento con profesar pacíficamente su relijion y gobernar sus estados, emprendía á mas sojuzgar á los otros, y forzar á los pueblos con las armas en la mano á que adorasen á Dios con el culto que él le adoraba.

Desesperado entonces mi abuelo, tomó la resolucion de disimular con aparente resignacion, ver como proporcionarse un puñal, y aprovechándose del primer dia en que le llevasen delante de Hamet, clavarle en el corazon del pérfido moro, y en seguida pasársele él mismo, para sustraerse de la cruel muerte que le harian padecer. La esperanza de lavar con la sangre de su opresor las afrentas que de él habia recibido, sostuvo su ánimo, y aun le dió fuerzas para ejecutar el designio. Ya habia hallado medio para lograr muy fácilmente aquella arma que debia servir para vengarle, y ya se le traslucía la época en que podia usar de ella, cuando una noche tendido con la mayor tristeza en la pa-

ja, que le servia de cama, sintió que le dejaban en la mano un billete, sin que pudiese ver ni conocer al que se le entregaba. Aguarda con impaciencia la venida de la aurora, abre el papel, y lee en lengua árabe, que entendia perfectamente, estas palabras consoladoras: *vivid y esperad; vuestra suerte cambiará*. Estaba lejos Don Sebastian de poder adivinar de quien le venia aquel rayo de esperanza; ninguno de los suyos se hubiera valido de aquella lengua, y á mas se hubiese dado á conocer; asi aquel aviso no podia venir sino de algun moro. Pero ¿quien seria entre aquellos bárbaros el que tanto se interesaba en su favor, que osaba insultar el furor de Hamet? No pudiendo fundar una con-

jetura razonable, confiado solo en la promesa que le daban, recobró su salud y fuerzas, aguardando del tiempo la solucion de aquel admirable enigma.

Pasados algunos dias vinieron á llevarle á la presencia de Hamet. A todo lance se arma con su puñal, que esconde bajo del vestido; pera aquella vez le entraron de pie, y no recibió órden de postrarse. Hamet le dice: — »He jurado por Mahoma de que vivirás en la esclavitud, y he de sostener mi juramento; pero en lo demas queda ya satisfecha mi venganza, y asi te dispenso del servicio humilde á que te habia condenado. Y una vez que eres aficionado á flores, y tenias gusto de formar jardines que fuesen la admiracion de Europa,

en adelante dirijirás á los esclavos que cuidan de los jardines de mis mujeres. Olvida que fuiste rey; pero manifiesta que mereciste mandar, sabiendo resignarte y obedecer. Retírate, y bendice á Hamet y al Profeta." — »Bendigo al cielo, respondió D. Sebastian arrojando el puñal á los pies de Hamet, de que haya tenido á bien detener mi brazo." — »¿Que querias hacer con ese puñal?" — »Atravesarte el corazon si no hubieras tenido sentimientos mas humanos, libertarme de un tirano, y darme despues de puñaladas." Hamet se levantó colérico, todos creian que iba á hacer caer la cabeza de su cautivo; pero se contiene, y volviendo á sentarse, le dice con desenfado: — »Vete, que eras

digno de una suerte mejor; reconozco en ese arrojo á un rey desgraciado; asi te estimo y te perdono." D. Sebastian fue llevado á los jardines del serrallo, en donde se le puso en posesion de las funciones de su destino por el jefe de los eunucos. Con buena habitacion, bien comido y bien vestido, no esperimentaba ningun trato desagradable; y se hubiera consolado al verse el primero entre los esclavos, si hubiese podido olvidar á los veinticuatro años que habia sido rey.

No sabia á que atribuir aquella mudanza inesperada. Isouf, jefe de los eunucos, no solo le manifestaba benevolencia, sino que le trataba con unos miramientos y una consideracion que le admiraban. Buscando aun como prevenir sus

gustos y adivinar sus deseos, le habia proporcionado libros, música é instrumentos, con lo que D. Sebastian hubiera sido feliz, si hubiese podido prescindirse de comparar su situacion presente con su condicion pasada. Recorriendo un dia los jardines en compañía de Isouf mientras descansaban los esclavos, y le hacia observar algunas mejoras ó variaciones que se habian ejecutado por disposicion suya, le dijo Isouf: — »D. Sebastian, ¿estais contento y satisfecho?'' — »Isouf, cuanto un esclavo puede estarlo.'' — »¿Que falta á vuestra dicha?'' — »La libertad.'' — »Debeis dejar de pensar en ello.'' — »Seré, pues, siempre desdichado.'' — »Hamet ha mitigado vuestra suerte.'' — »Y lo debia hacer.'' —

— »¿Como le hubierais tratado vos si hubiese caido en vuestras manos?" — »Como rey, para no degradarme á mí mismo." — »Vuestras costumbres se diferencian de las nuestras." — »Lo siento por vos." — »Sin embargo, Hamet ha sido jeneroso. — »¿Olvidas que me ha hecho apalear por sus esclavos?" — »Sus parientes y amigos están sujetos al mismo trato." — »Yo no soy pariente ni amigo suyo." — »Si estuvierais libre, D. Sebastian, ¿que hariais?" — »Me vengaría." — »¿De que manera?" — »Como un rey debe hacerlo, en un combate con las armas en la mano." — »¿Y si empeñabais vuestra palabra de no hacer nada, y perdonarle?"—»La cumpliría, aunque por fuerza." — »Estos senti-

mientos, D. Sebastian, os hacen honor; pero ¿á quien atribuis el alivio que estais esperimentando en vuestro infortunio.'' — »No sé.'' — »¿Conoceis aqui á alguno que se interese en vuestra suerte?'' — »A nadie.'' — »¿No habeis recibido ningun aviso que os acredite ese interes?'' D. Sebastian se puso á mirar por un instante á Isouf con admiracion, y le respondió: — »Ninguno.'' — »Con todo, yo sé que os han entregado un billete en árabe.'' — »¿De donde lo sabeis?'' — »De la misma persona que os le ha enviado.'' D. Sebastian fijó de nuevo la vista en Isouf, y despues de algunos instantes de silencio: — »Ya que estais tan bien informado, dadme á entender, pues, lo que contenia ese billete.'' — »*Vivid, y*

esperad; cambiará vuestra suerte." — »Verdad es, Isouf; mas ya que lo sabeis todo, decidme, ¿quien me ha escrito? ¿quien ha enviado ese billete?" — »Si os hiciera conocer el autor, D. Sebastian, ¿sereis reservado?" — »Moriré antes que descubrirle." — »Pues bien, al autor de ese billete es á quien debeis la vida y el alivio que esperimentais en vuestra suerte." — »¡Ah, Isouf! ¡haced que conozca yo á ese protector! ¡que pueda á lo menos espresarle mi reconocimiento!" — »Quizá le perderiais sin querer, asimismo que á vos y á mí." — »¡Ah! jamás, jamás. Que vea yo una sola vez al que ha salvado al rey de Portugal del último grado de envilecimiento; que le estreche yo una sola vez contra mi

agradecido corazon, y entonces moriré contento.'' — »Vos le vereis hoy; apartaos ahora; disimulad, que ya nos reuniremos esta noche.''

Al ponerse el sol, Isouf hizo retirar á los esclavos, y los encerró segun costumbre, y en seguida vino por D. Sebastian, y le condujo á un bosquecillo de arbustos olorosos, advirtiéndole que le aguardase allí en silencio. Pasado corto rato volvió acompañando á una mujer, cubierta con un velo, cuya gallarda presencia y traje elegante, su paso lijero y gracia seductora anunciaban una odalisca. Isouf dijo á D. Sebastian: — »Os dejo con Zora, la favorita de Hamet; desea hablar con vos Voy entre tanto á velar en vuestra seguridad.''

Zora alzó el velo, y D. Sebas-

tian deslumbrado y embriagado de su belleza, dudó si estaba soñando, y pasando la vista con admiracion por sus hechizos, guardó silencio por largo rato, y por último le interrumpió, diciendo: — »¿Habeis querido conocer al autor del billete que os sacó de la desesperacion? Pues bien, yo soy; es Zora." D. Sebastian cayó á sus pies. »¡Oh, mi bienhechora! esclamó, ¡cuanto os debo! Me habeis dado mas que la vida; me habeis salvado el honor; mi reconocimiento será eterno." — »¡Ah! príncipe, le dice, levantaos, dejad esa postura, que no os corresponde. ¿No os acordais ya, añadió sonriendo, que quisisteis mas bien morir que conservarla delante de Hamet?" — »Jamás el rey de Portugal hu-

biera consentido doblar la rodilla ante un amo, pero el amor y la gratitud le postran á los pies de la belleza. Mas ¿como he podido yo interesaros? ¿Como habeis sabido mi infortunio?'' Zora le hizo sentar á su lado. — »Acordaos del dia, le dice, en que no hallándoos en estado de poder sosteneros, de resultas del mal trato que habiais esperimentado, queriendo Hamet dar á sus mujeres el espectáculo de un rey cautivo, os hizo llevar arrastrando al rededor de los jardines del serrallo. Confieso que guiada primero por la sola curiosidad y deseo que sentian las compañeras de ver y gozar del triunfo de Hamet, me movia ya entonces á compasion la suerte de un rey prisionero. Mas ¡como me

quedé despues al avistaros! Vuestro denuedo noble y guerrero, vuestra juventud, las gracias de vuestra persona, y que la desgracia no habia podido borrar; la grandeza de alma, y la indignacion en vuestros ojos, y que os elevaban sobre vuestros verdugos, me enternecieron hasta derramar lágrimas; y lejos de aplaudir el triunfo que Hamet se habia preparado, me retiré precipitadamente para ocultar mi emocion á las otras. Desde entonces no he cesado, Don Sebastian, de pensar en vos, de llorar vuestra desgracia, y de ocuparme en los medios de aliviar vuestros males; y asi fueron la compasion y la humanidad las que abrieron mi corazon al amor. Bien pronto supe que devorado por el mas

violento padecer, estabais cerca de rendiros, y para sostener vuestro ánimo, y precisaros á vivir, os hice entregar por medio de Isouf el billete que os libró de la desesperacion. Habia sabido del mismo Hamet la terrible sentencia que pronunció contra vos, y en cuanto pude, sin despertar las sospechas, fuisteis el objeto de nuestras conversaciones. Le hice ver cuan antipolítico era su procedimiento; que las leyes de la guerra podian autorizarle á guardaros prisionero, mas no justificar las humillaciones con que os oprimía; que los príncipes de la Europa podian llegar á saber, no solo que existiais, mas tambien el estado de degradacion á que os habia reducido, y que no dejarian de coligarse, para vengar los ul-

trajes que creerian haber recibido ellos en la persona de un rey cristiano; que cayendo entonces sobre sus estados con fuerzas formidables, habria de ser la víctima de su imprudencia, y que en su resentimiento aquellos príncipes emplearian todos los medios posibles para reducirle á un estado acaso mas afrentoso que el que os hacia sufrir. Le conjuré á que revocando aquella sentencia, señalara ó aceptara por vos un rescate remitiéndoos á vuestros estados; pero ya habia jurado vuestra esclavitud; y aunque obligado por este juramento, me prometió no obstante hacer vuestra situacion mas llevadera, y ha cumplido su palabra dándoos á mi ruego la direccion de los jardines, y de todos los escla-

vos que se emplean en ellos. ¡Ah! no os ocultaré nada; habeis sido harto desgraciado para que Zora pudiera ocultaros los afectos que le habeis inspirado. Os veia todos los dias; gozaba yo misma del alivio que os proporcionaba, y me aplaudía de ello. Aqui se hubiera limitado mi conmiseracion, si hubiese dejado de veros; mas como sin cesar estabais delante de mis ojos, arrimada á mi celosía, y celando el restablecimiento de vuestra salud y fuerzas, os veia recorrer estos jardines; observaba todos vuestros pasos; admiraba con qué gusto dirijiais las mejoras que yo indicaba á Isouf, combinándolas de manera que os colocase siempre á mi vista, y era mi gozo indecible en pensar de que era yo la que os ocu-

paba. Cuando el sol ocultándose bajo el horizonte habia puesto fin á los trabajos, iba á sentarme á la sombra de los emparrados que habiais hecho levantar, ó bien junto á los surtidores de agua cristalina, ó de las cascadas que habiais formado, y me entregaba á las mas profundas meditaciones. Alli pensaba en vos aguardando que el nacimiento del sol me permitiese veros; aguardando que habiendo acabado de ganar á Isouf, y de hacerle tomar parte en mis proyectos, me proporcionára el dichoso momento que ahora disfruto. ¡Ah! ¡cuantas veces al pasar por debajo de mis ventanas tuve el gusto de derramar flores sobre vuestra cabeza, sobre esa cabeza que ha ceñido una corona." — »¡Ah, Zora.

esclamó D. Sebastian, ahora me consuelo de haberla perdido; y á saber yo que aquellas flores venian de vuestra mano, las hubiese recojido con el mayor cuidado, y poniéndolas sobre mi corazon, hubiera formado de ellas la mas brillante corona. ¡Ah, Zora! ámame siempre, que yo libre y dueño de mi corazon y de todos mis afectos, os los consagro, y os rindo toda mi existencia; vos sois, y lo sereis todo para mí; he recobrado mi dicha, y ya mi esclavitud me es amada, pues que á ella debo á Zora. Olvido sin pena ni sentimiento una dignidad á que ya no puedo aspirar, por ocuparme en el lugar que debo conservar en vuestro corazon. Ya no soy un vil esclavo, pues el amor de Zora me hace el

primero de los mortales. Ha podido Hamet arrancarme de mi pueblo y de mi trono, pero yo soy mas dichoso que él, porque reino sobre la mujer que él adora.... Estoy ya vengado. ¡Ah, Zora...! ¡ah, mi buena amiga....! que yo te estreche contra mi corazon...., contra este corazon que no palpitará sino por ti. ¡Oh! dime, dime que nunca dejarás de amarme, porque aquel momento seria el término de mi existencia." — »¡Ah! jamás...., jamás:" esclamó Zora, reclinando la cabeza sobre el hombro de su amigo. Aquellos labios de carmin, que dejaron escapar unos sonidos tan hechiceros, se presentaban aun entreabiertos, y adornados de dos órdenes de perlas, á los ojos de un amante embriagado

en su dicha, y ardiendo de deseos..... Bien se atrevió á recojer y aprovecharse como de paso de estos últimos acentos de un pudor que iba ya á espirar..... El palpitante seno anunciaba las vivas emociones de un corazon que acababa de rendirse...., con una mano trémula quiso apaciguarle..... Ya Zora cerraba aquellos ojos tan hermosos que pintaban el abandono del deleite..... Se atrevió.... Aqui la luna, bajando por detras de un espesillo de palmeras, dejó caer un velo sobre los amantes, que el amor colmaba de sus mas dulces favores.... Algunas palabras interrumpidas, y que se confundieron con el murmurio de las aguas, terminaron por fin aquella interesante conferencia..... Zora y su amante

lo habian olvidado todo...., todo, menos su amor.

Por fortuna vino Isouf á avisarles que el dia comenzaba á rayar, y que el sol no era el astro que debia alumbrar sus transportes. Se retiraron prometiéndose ver la noche siguiente, y si Zora no estuvo mas reducida en soñar su dicha, D. Sebastian pasó todo aquel dia en meditar sobre la que habia gozado. Continuaron en verse con frecuencia, y siempre con buen éxito, y cada vez que se dejaban, solo pensando en el dia siguiente, no se ocupaban en penetrar en lo venidero. ¡Cuando somos felices, solo tememos no serlo siempre! D. Sebastian ya no habia visto mas á Hamet, el cual por complacer á Zora le hacia apartar cuando se pa-

seaba por los jardines; y asi aquellos dos amantes era muy verosimil que hubiesen pasado su vida con está tranquilidad, si un accidente inesperado no hubiera venido á interrumpir el apacible curso de sus dias.

Supo mi abuelo por medio de Zora, que unos ambiciosos de entre sus vasallos, que con la mira de sacar su provecho, le habian empeñado en la empresa temeraria que ocasionó su ruina, no contentos con haber fomentado la noticia de su muerte, dando campo á su ambicion, habian suscitado diferentes partidos, que estuvieron á punto de venir á las manos; que despues de un reinado de diezisiete meses, y en la muerte de D. Enrique; hermano de su abue-

lo, que le habia sucedido Felipe rey de España, para sostener sus derechos habia hecho entrar un ejército en Portugal; que los otros competidores, entre los cuales se distinguia el duque de Braganza, no habian podido oponer diques á sus progresos; que el gran Prior aunque proclamado por rey, habiendo sido derrotado por el duque de Alba al frente de un ejército español, los portugueses se vieron en la precision de doblar la cerviz á Felipe, que en consecuencia los trataba como un pueblo conquistado, el cual jemía bajo la opresion en que los habia puesto su resistencia. Algun consuelo, aunque mezclado de amargura, le hubiese podido dar Zora á D. Sebastian al informarle de estas tristes ocur-

rencias de su reino, si al traves del corto espacio de sesenta años hubiera estado en su alcance prever las inopinadas vicisitudes que le esperaban. Varias veces habia instado D. Sebastian á Zora, que rompiéndole las cadenas le restituyera la libertad, y le acompañara en su fuga; pero ella, aunque solo vivia para él, no se determinaba á abandonar á Hamet, y dejar el serrallo, detenida por la gratitud á sus beneficios. A la verdad Zora hubiera sido facilmente fiel á su príncipe, si este no hubiese amado á otra; mas no podia resignarse con la preferencia que á veces concedía á sus rivales; y asi la compasion, dando entrada en su pecho al amor, venció toda repugnancia de entregarse á D. Sebastian, el cual,

por su parte, llevado por el reconocimiento, le consagró su existencia. Sentia no obstante afligir con su fuga á su bienhechor, que estando perdidamente apasionado de ella, iba á caer en la mas violenta desesperacion si desaparecia de su compañía. Se negó, pues, á irse con D. Sebastian; pero temiendo que éste, exasperado por la repulsa, buscase por otro conducto algun medio de evadirse, llegó con la ayuda de Isouf á ser ella misma su guardia mas vijilante, cuidando tambien con el mayor esmero desde entonces, que fuesen incorruptibles cuantos le rodeaban.

Al cabo de dos años de este dulce cautiverio, retoñó por España y Portugal la duda de la muerte de D. Sebastian, cundiendo con so-

brada rapidez, hasta cobrar visos y fuerzas de verdad nuevamente descubierta, y que sin duda dió lugar para que una mano oculta, tal vez con la perversa malignidad de desacreditar á ambas naciones, propusiera secretamente á Hamet sumas inmensas por la entrega de aquel rey, que suponia se hallaba cautivo en su poder. Advertida Zora de estas siniestras tentativas, se guardó bien al pronto de informarle de ellas á D. Sebastian; por el contrario, temiendo por la vida de su amante, recordó á Hamet de que habiendo jurado de que Don Sebastian viviria y moriria en la esclavitud, no podia sin ser perjuro, y sin atraer sobre sí la cólera del profeta, dejarle salir de la obscuridad en que le conservaba, y

que podia serle muy ventajoso en lo venidero; y Hamet se desentendió de aquellas insidiosas ofertas con que tal vez se buscaba sorprender su secreto.

Por este mismo tiempo comparecieron dos impostores con el nombre del D. Sebastian. El primero que se presentó en la escena en 1585 era hijo de un ollero. Un presbítero, que se vendia por obispo de Garda, hizo grandes gastos para apoyar esta fábula, y poner á su ahijado en estado de mostrarse de un modo correspondiente á la dignidad á que aspiraba. El impostor fue muy pronto prendido y enviado á las galeras, en donde despues tuvo una muerte que no pareció natural.

A fines del mismo año anunció

las mismas pretensiones Mateo Alvarez, natural de las islas Terceras, é hijo de un cantero. Este hombre era ermitaño, y durante muchos años habia llevado en la soledad una vida ejemplar. La mayor parte de aquellos á quienes acudia por socorros, viendo una semejanza muy notable entre él y D. Sebastian, se la declaraban, asegurándole que en vano se obstinaba en negar la verdad, porque ellos estaban bien persuadidos de que era el Rey. A fuerza de oir repetirle la misma cosa, se insinuó la ambicion en su corazon, y decidiéndose en fin á representar el papel de aquel por quien le tomaban, acabó por convenir en que verdaderamente era el que decian. Enviose tropa, y habiéndole der-

rotado con sus partidarios, fue hecho prisionero; y habiéndole juzgado, sufrió una muerte en estremo dolorosa para escarmiento de otros.

D. Sebastian, ignorando qué objeto se proponian aquellos desventurados, se indignaba de que entre sus vasallos se hallasen unos hombres tan malvados, que tuviesen la osadía de tomar su nombre. No tuvo dificultad Zora en convencerle de que podia haber alguna intriga para prevenir su vuelta, y que era muy arriesgado el comparecer por algun tiempo. Fue este medio tan poderoso en su boca, que ya habia conseguido resignarle enteramente con su suerte, cuando acaeció la muerte de Hamet.

Para prevenir una peor suerte

con el sucesor concertaron ambos su fuga, en la que el fiel Isouf, que debia acompañarlos, se encargó de los preparativos, y todo salió á medida de sus deseos. Queriendo Zora castigar al codicioso sucesor de Hamet, que segun decian habia recibido una cantidad de dinero para entregar á D. Sebastian, se llevó consigo una exorbitante porcion de piedras preciosas; débil compensacion del trono de que se veia privado su amante. Saltaron con felicidad las paredes del serrallo, se embarcaron en un bastimento que Isouf habia hecho preparar, y se alejaron de las costas de Berbería en Julio de 1586. Tenia D. Sebastian entonces treinta y dos años, de los cuales habia pasado ocho en el cautiverio. Como corrian igual

riesgo en desembarcar en España que en Portugal, pues en ambos reinos era natural que los tuviesen por impostores, tomaron tierra en Cagliari, en Cerdeña, en donde vivieron retirados, y bajo nombres supuestos; y habiendo Zora, poco despues de su llegada, abrazado la relijion católica, fue desposada en secreto con D. Sebastian. Durante los diez años que pasaron en Cerdeña, tuvieron dos hijos, que murieron de tierna edad; y D. Francisco, mi padre, nació en Venecia, cuando ya no esperaban tener hijos, y al cabo de doce años de matrimonio.

Entre tanto mi abuelo, habiéndose aprovechado de los conocimientos que tenia en Portugal durante la larga mansion que habia

hecho en Cerdeña, comenzó á concebir una fundada esperanza de obrar allí en su favor una revolucion, que le colocase en el trono de sus padres. No obstante aquellas intelijencias no pudieron estar tan secretas, que no se esparciera bien pronto la noticia de que el rey D. Sebastian no habia muerto en la batalla de Alcacar, y que habiéndose escapado de su cautiverio, andaba vagando por la Italia. Lejos de mirar esta novedad como poco favorable, creyó por el contrario D. Sebastian que aseguraba el éxito de su empresa mostrándose á las claras, y que este seria un medio de alentar á sus leales vasallos, para empeñarlos á que hicieran en su favor los mayores esfuerzos. En consecuencia pasó á Ve-

necia en 1597, y se presentó públicamente como rey de Portugal. Muchos señores que le habian quedado adictos vinieron á juntarse con él, y bien pronto tuvo una córte numerosa, que las riquezas de que Zora se habia provisto, y los poderosos socorros que sacó de sus partidarios, le pusieron en estado de sostener con esplendor.

D. Manuel Antonez, uno de sus favoritos, que habia recibido á su vista muchas heridas en la batalla de Alcacar, era desde su llegada á Cerdeña el principal eje de aquel movimiento crítico. Vino á verle á Venecia, y habiéndole reconocido, se arrojó á sus pies, que bañó con sus lágrimas, jurando perecer, ó restablecerle en el trono de sus mayores; y en seguida volvió á Lisboa,

para acelerar allí la revolucion que debia traer este dichoso resultado.

Sabedora la España de que otro que se decia D. Sebastian habia llegado á Cerdeña, se propuso apoderarse de él proclamándole como un tercer impostor. Entre tanto D. Manuel habia recojido todas las pruebas que contestaban la identidad y existencia de mi abuelo. Se habia formado un partido muy crecido, y estaba para declararse, cuando España, avisada de lo que pasaba, hizo prender á D. Manuel y sus secuaces, y llevados á Madrid acabaron en las cárceles. Esta severidad entibió el ardor de los otros conjurados; y habiendo sabido la España que mi abuelo se mostraba públicamente en Venecia, le reclamó de la república por medio

de su embajador, señalándole como un impostor lleno de crímenes, y el senado decidió que se le entregaria, si se le convencia judicialmente de impostura; pero que en el caso opuesto le pondria en libertad, recibiendo los socorros y proteccion que una testa coronada merece en el infortunio.

Asi se decretó en Noviembre de 1598, nombrándose en el senado una comision para informar el negocio. Este desventurado rey compareció veintiocho veces en presencia del senado y del embajador de España; respondió de un modo satisfactorio á todas las preguntas que le hicieron relativas á las diferentes embajadas que habia recibido y enviado mientras ocupaba el trono; á las medidas diplomá-

ticas que habia tomado; los pliegos secretos que habia espedido, y los ministros que habia empleado. De todos los interrogarios salió victorioso, terminando el último por estas palabras que dirijió al senado: — »Declaro y sostengo que soy D. Sebastian, rey de Portugal, y si todavía pudiera quedar alguna duda sobre ello, pido que se llame á aquellos leales vasallos mios, la mayor parte de una clase distinguida, que al presente están en Venecia, y atestarán unánimes que soy su soberano; y asi no entregareis á la España, ni espondreis á morir en un cadalso, á un rey desgraciado que se ha acojido á vosotros."

En efecto muchos caballeros portugueses, entre los cuales se contaba D. Sampayo, su antiguo se-

dico, y que se hallaban tambien en Venecia, solicitaron vivamente su libertad. D. Sampayo, que habia asistido á su nacimiento, declaró, que segun costumbre se habia formado un proceso verbal en aquella ocasion, de las señales que tenia D. Sebastian en el cuerpo al salir al mundo; cuyo documento habia sacado de la chancillería Don Manuel Antonez, y que antes de su prision le habia depositado con otros muchos en manos del Nuncio apostólico. Exijió el senado, que antes de pronunciar se produjeran aquellos instrumentos, y se verificasen las señales. Se encargó, pues, D. Sampayo de pasar secretamente á Lisboa, y traerse del Nuncio aquellos papeles interesantes. Volvió felizmente de su co-

mision, y los depositó en el senado; mas durante su ausencia se mudaron en tanta manera los principales senadores, que á su vuelta declaró el senado que no admitiria aquella prueba con preguntas á simples particulares, ni se prestaria á ello, mientras no la hiciera algun soberano de Europa, que tomando interes en el descubrimiento de la verdad, enviara delegados para que presenciaran esta nueva informacion.

Los portugueses adictos á Don Sebastian, lejos de repugnar estas nuevas dificultades, se dirijieron á diversas potencias, con un celo tan infatigable, que por fin se vió llegar el 11 de Diciembre del mismo año al príncipe Cristobal, descendiente del hijo segundo de Manuel,

uno de los antiguos reyes de Portugal, y el sucesor á esta corona por derecho de sangre, en defecto del rey D. Sebastian, y por muerte del cardenal-rey y del gran prior, que le habian sucedido. Era portador de la demanda en forma de los estados jenerales, y del príncipe Mauricio, que los gobernaba, para que reconocido mi abuelo por el rey D. Sebastian, fuese puesto en libertad. El príncipe Cristobal le reconoció al punto, y su testimonio era tanto menos equívoco, cuanto no se podia suponer que quisiera en perjuicio suyo llevar á un aventurero al trono de Portugal. Despues se procedió al exámen de las señales distintivas, las cuales se hallaron puntualmente segun las designaba la sumaria in-

formacion de su nacimiento.

Habiéndose terminado todas estas pruebas, fue D. Sebastian conducido públicamente al senado, en donde fue colocado á la derecha del dux; en presencia de doscientos senadores, los cuales se mantuvieron de pies al hablarle, y que le dieron el tratamiento de majestad, quedando él sentado y cubierto. En seguida se le volvió á conducir en pompa al palacio de Don Juan de Castro, acompañado del príncipe Cristobal, de un gran número de caballeros portugueses, y en medio de las aclamaciones de un pueblo inmenso que se agolpaba en su tránsito; de donde vino que intentasen quitarle del medio algunos émulos suyos, al ver que triunfaban la verdad y la justicia.

Avisado por fortuna D. Sebastian por algunos senadores de que la noche siguiente iban á prenderle de nuevo y conducirle á Cádiz, se convenció que no debia vacilar en huir prontamente de aquella tierra, falta de hospitalidad, que despues de haberle reconocido, no se detenia en entregarle como impostor. Se escapó, pues, con hábito de relijioso; y como estaba advertido del riesgo que corria al atravesar el pais de los Grisones, se encaminó á Pádua, y de alli tomó la ruta de Florencia, en donde luego que llegó fue preso de órden del gran duque.

Cerciorada la España de este acontecimiento, se lisonjeó que le tendria pronto en su poder. Reclamole del gran duque, el cual

primero se negó á entregarle, pero despues viendo al duque de Saboya entrar en sus estados con un cuerpo de tropas, se vió precisado á hacer llevar á D. Sebastian á Orbitello, en donde fue entregado en manos de los españoles; y muchos quedaron en la persuasion de que el gran duque de acuerdo con la España y el duque de Saboya, habia querido, cometiendo esta traicion, aparentar que no cedía mas que á la fuerza, ó al deseo de apartar de sus estados las calamidades de la guerra. ¡Triste ejemplo de la instabilidad de las grandezas humanas, y de aquellas asombrosas caidas que tan pocas veces ofrece la historia á los que la recorren!

La tierna Zora habia sido el úni-

co consuelo de D. Sebastian en sus trabajos desde que huyó del serrallo, porque si habia sufrido mucho en su cautiverio, y si habia lamentado el olvido en que vivia, ¡cuanto mas tuvo que sufrir cuando restituido á la libertad por los auxilios de la jenerosa Zora se vió desconocido, tratado como un vil impostor, y reducido á dar pruebas de que era verdaderamente el rey de Portugal! ¡Horrible situacion, contra la cual apenas pudo sostenerlo toda la grandeza de su alma! Pero si Zora le habia consolado en la esclavitud, ¡cuanto mas preciosos no se le hicieron los cuidados de esta tierna esposa en las persecuciones que padeció, y cuantas veces no echó ella menos los jardines del serrallo! Víctima de los

esfuerzos que hizo para ocultarle sus penas é inquietudes, cayó enferma en Venecia: sus fuerzas no igualaron á su valor; y no pudiendo lisonjearse de que triunfara jamás D. Sebastian de los enemigos que tan empeñados estaban en perderle, espiró en los innumerables interrogatorios que le hicieron sufrir, besando con ternura y estrechando contra su corazon á Don Francisco mi padre, entonces de edad de un año.

Hubiese sucumbido mi abuelo al dolor que le hizo sentir esta pérdida, si el deseo de ver triunfar su causa no le hubiera distraido de su afliccion. No obstante, obligado á huir de Venecia con precipitacion, al partir remitió su hijo al fiel Isonf con caudales en alhajas

de inmenso valor, en plata y pedrería, porque á pesar de los gastos considerables que le ocasionó su permanencia en Venecia, las riquezas que se habia llevado Zora se fueron acrecentando con los abundantes socorros de algunos particulares de Portugal, que destinaban sus tesoros á asegurar el éxito de la empresa, y á paralizar la resistencia de los españoles en el momento en que debia volver á sus estados. Mandaba á Isouf que huyese al punto con direccion á Trieste, para desde alli pasar á Presburgo, capital de la Hungría, en donde se detuviese hasta nueva órden. Le prescribió que no confiara á nadie el secreto del nacimiento de D. Francisco, y sobre todo que no le escribiera antes que

le avisase. En fin, le recomendó que si llegaba á saber que habia muerto en la esclavitud, no diese noticia de la existencia de su hijo, sino al príncipe Mauricio y al jesuita Andres Oviedo, obispo de Heliópolis, patriarca de Abisinia, y que le habia educado en la infancia. Le envió para ellos dos pliegos, que no debia abrir sino en aquel caso, y prevenia á este fiel criado, que se enterase entonces de su contenido, y que obrase con prudencia, disponiendo de mi padre del modo mas conveniente á su seguridad é intereses. Remitiole juntamente todos los documentos que en tal ocasion podian servir para establecer y probar su orijen; y despues de haberle abrazado tiernamente, y de haber derramado

lágrimas amargas sobre su hijo, que aun por su corta edad no podia conocerle, partió en fin, y al huirse disfrazado, le prendieron, como se ha referido.

Desde el momento en que Don Sebastian fue entregado á los españoles en Orbitello, hasta su muerte, continuó en ignorar la suerte de aquel desventurado renuevo de un padre aun mas infeliz; é indignado contra el gran duque, invocó al entrar en la cárcel la venganza del cielo contra la perfidia de la casa de Médicis. Conducido á Nápoles, se le encerró en el castillo del Ovo, y privado de todo alimento en los dos primeros dias, y abandonado á sí mismo, encontró en un rincon del aposento un puñal, que parecia haberse dejado de in-

tento para su desesperacion. Dominándose en un movimiento de cólera, ni quiso favorecer las miras de sus perseguidores, y aguardó que vinieran ellos mismos á consumar el sacrificio colmando la medida de sus crímenes. Hasta el tercer dia no vino el auditor jeneral á notificarle, que si dejaba aquel pretendido título, y se confesaba un impostor, se le moderaria la prision, y le trataria con benignidad. — »Bien pueden hacer de mí lo que quieran, respondió D. Sebastian, que jamás me deshonraré con negar mi nombre, abandonar mis derechos, y renunciar al trono que han ocupado lejítimamente mis antepasados.'' Irritáronse furiosamente contra lo que llamaban su obstinacion, le impusieron las

mas acerbas privaciones; pero viendo que era incontrastable su firmeza, le proveyeron abundantemente de cuanto necesitaba.

Deseando verle el Conde de Lemos, entonces virey de Nápoles, le hizo llevar un dia á su palacio. Al entrar en el cuarto del conde advirtió mi abuelo que estaba descubierto, y creyendo que era por obsequio á su persona, le dijo al pronto: — »Conde de Lemos, cubríos." A estas palabras, habiendo manifestado estrañeza los que componian su corte, le preguntó el conde con qué derecho le convidaba á cubrirse, y sin titubear le respondió: — »Señor conde, con el derecho que me dan mi dignidad y nacimiento. Mas ¿como podeis pretender que no me conoceis, cuan-

do Felipe os envió dos veces á mi corte, y tuvisteis conmigo muchas conferencias privadas, de las cuales os podia recordar todas las circunstancias?" Parado el conde al oir estas enérjicas reconvenciones, guardó silencio, y sin tener que contestarle dió órden al oficial que le habia conducido que le volviera á su prision. — »No, señor conde, esclamó D. Sebastian, en vano aparentais ó haceis por desconocerme; harto sabeis que soy el rey de Portugal; un hombre como vos debe en toda circunstancia proclamar la verdad." Mientras vivió el conde fue tratado en su arresto con humanidad, concediéndole cuanto podia consolarle en aquella situacion; pero despues de su muerte, el hijo que le sucedió, le trataba con la

mayor dureza y vilipendio, teniendo el descaro de enviarle al obispo de Reggio, á fin de que le exorcizara, pues le reputaba por májico.

El 1.° de Abril de 1602 sufrió una humillacion mas afrentosa que las anteriores. Fue conducido desde el castillo por toda la ciudad, montado en un asno, al sonido de trompetas, precedido de un heraldo, que de trecho en trecho hacia esta proclama: »Su Majestad Católica ha querido que se lleve asi á este hombre por las calles de Nápoles, por haber pretendido pasar por D. Sebastian, rey de Portugal, no siendo mas que un obscuro calabrés, un miserable aventurero." Cada vez que el heraldo pronunciaba estas palabras: *rey de Portugal*, D. Sebastian gritaba: »¡*Lo soy*!" cuando

añadia despues las de *calabrés obscuro*, gritaba tambien: »*Es falso.*"

Despues de haberle hecho pasar por esta degradacion, fue llevado á las galeras, y puesto entre los galeotes con la librea del crímen. Habiendo llegado los presidiarios en el mes de Agosto siguiente al puerto de Sanlúcar, en donde se hallaban los duques de Medina-Sidonia, y queriendo ver al que se daba por un rey, que tan bien habian conocido en otro tiempo en Lisboa, dieron órden para que se les presentase. Puesto delante de ellos, y de muchos señores, quedaron de pronto maravillados de la semejanza que le hallaron con el que le acusaban haber usurpado el nombre, sorprendiéndose mucho mas cuando despues de algunos instantes de

conversacion preguntó D. Sebastian al duque, si tenia aun en su poder la espada que le habia regalado cuando dejó su corte. — »En efecto, respondió el duque, poco antes de mi partida recibí una espada de mano del rey Sebastian, y aun la tengo en mi poder entre otras muchas." — »Pues bien, señor duque, prosiguió el ilustre cautivo, haced que las traigan, y al punto reconoceré entre ellas la que os regalé entonces." Mandó el duque á su secretario que las trajeran todas, y D. Sebastian habiéndolas examinado todas atentamente, tomó una diciendo: — »Señor duque, esta es la espada que os entregué." El duque convino en que lo era. Dirijiendo entonces mi abuelo la palabra á la duquesa: — »Os ofrecí,

le dijo, señora, por el mismo tiempo una sortija engastada en un zafiro en losanje." La duquesa conmovida contestó, que en verdad el rey le habia regalado semejante sortija; y el duque, besando la mano de D. Sebastian, le dió el tratamiento de majestad. Hizo que se quedase en su palacio todo el tiempo que los galeotes permanecieron en Sanlúcar, gozando tambien algunos dias de los honores debidos á la dignidad real. Pero habiendo cambiado el viento, le reunieron con los galeotes, colmado de conconsuelos y regalos, mas como triunfador, que como cautivo.

A la vuelta de los galeotes á Nápoles, fue encerrado de nuevo en el castillo del Ovo; mas durante los ocho años que vivió aun, fue

tratado y aun servido con atencion. Desconceptuado políticamente por el servicio que le habian obligado hacer, y las ignominias con que le habian cubierto, desistieron durante el resto de su cautiverio del rigor que se habia empleado hasta entonces. Su mesa estaba provista con abundancia, comia frecuentemente con el gobernador, siendo ya su situacion mas bien la de un rey prisionero, que de un aventurero despreciable; y en esto espiró, declarando y afirmando que era efectivamente D. Sebastian, rey de Portugal.

Desde el instante en que entró en la prision por órden del duque, dos de los que le servian se adhirieron á su persona, tanto por afecto, como para favorecer su eva-

sion, si llegaba á ser posible; pero la sola ventaja que aceptó D. Sebastian de su obsequioso rendimiento, fue que habiéndose alistado de intento en el rejimiento que estaba de guarnicion en el castillo del Ovo, recibia algunos alivios en atenciones y muestras de aficion que le prodigaban cuando estaban de faccion junto á su persona. Sin este consuelo acaso no hubiese podido soportar por tanto tiempo el peso de su infeliz suerte. Algunos dias antes de su muerte les hizo acercar á su cama, y les dirijió estas últimas palabras:

— »D. Sebastian, vuestro rey, muere víctima de sus desasiertos, y de la intriga de sus émulos, y aguarda de vosotros un servicio señalado, y es que uno de vosotros,

cuando haya yo exhalado el último suspiro, se traslade inmediatamente á Presburgo con mis señas, y entregando esta carta al fiel Isouf, le informe que he llegado por fin al término de mis infortunios, y le encargo que recompense vuestra adhesion y servicios. Que el otro se presente al príncipe Mauricio para instruirle del mismo acontecimiento, entregándole este pliego, que reclama su proteccion y benevolencia en favor de D. Francisco, actualmente de doce años, y que posee todos los instrumentos que prueban su oríjen. Reuníos entonces ambos á mi hijo, custodiad su persona, y servidle con el mismo celo y aficion que me habeis acreditado constantemente. Estos son, amigos mios, mis últimos ruegos,

mas bien que las órdenes de vuestro desafortunado soberano, y el último servicio que aguarda de vosotros."

Asi murió en 1610 aquel príncipe desgraciado y digno de mejor suerte. La historia calla en jeneral sus hechos; ó si habla de él, solo es para presentarle como un tercer impostor. Pero las pruebas de estos hechos se recojieron en las chancillerías de Venecia, adonde podrá recurrirse, si un dia llegasen á perderse los instrumentos auténticos que acompañan á este manuscrito, y que me transmitieron en la muerte de mi padre.

Al recibir el fiel Isouf la muerte del desgraciado D. Sebastian derramó lágrimas á su memoria, y luego se ocupó en la suerte de Don

Francisco; y enterado de los pliegos que ponian en sus manos, examinó el partido que tenia que seguir mas ventajoso para los intereses del hijo. Todos los medios y reclamaciones las juzgaba insuficientes para preservar el precioso depósito que se le habia confiado contra las persecuciones de sus enemigos, y todo conspiraba á persuadirle que ningun rincon de Europa, por ignorado que fuese, podria ofrecerle un asilo seguro. Por otra parte Isouf no ceñia su celo á proporcionar á D. Francisco este asilo, y los medios de pasar su vida en una tranquila obscuridad. Celoso en corresponder á la confianza que el padre habia depositado en su fidelidad, queria abrazar un partido que ofreciese al hijo alguna

mudanza favorable, que un dia le restituyera al sublime puesto que habian ocupado dignamente sus mayores.

Unicamente la Abisinia, á pesar de su distancia, le ofrecia esta fundada esperanza. La influencia de los portugueses en aquel vasto imperio, despues de los muchos vaivenes que habia sufrido, acababa de afirmar la relijion católica bajo el reinado de Socinios, que habia subido al trono en 1605. Los jesuitas lograban todo su favor, y como estaban estremamente adictos á D. Sebastian, por haber este favorecido el establecimiento de su instituto en Portugal, no tuvieron dificultad en creer, pues era natural que lo deseasen, que el jóven rey se hubiese salvado en la

funesta accion en que habia desaparecido para sus vasallos. Reconocidos, pues, á tantos beneficios como les habia dispensado en su prosperidad, creyeron debian corresponderle consolándole en su desgracia. Así desde que supieron que permanecia cautivo, desesperando con fundamento que pudiera darse á reconocer en sus estados, despues de los varios impostores que habian usurpado su real nombre, á pesar de lo árduo que se les presentaba que Moluc ni su sucesor Hamet le dieran la libertad despues que habian publicado su muerte y enviado el cadáver; no obstante creyéronse obligados á emplear su mediacion poderosa en prepararle un trono en aquella parte tan poco conocida del Africa, si lle-

gaba un dia á escaparse del cautiverio, y no podia recuperar el suyo. A la verdad el jesuita Oviedo, patriarca de Abisinia, por cuyo conducto habia recibido Isouf de este último una estrecha recomendacion en favor de D. Francisco, acababa de morir; pero antes de espirar habia entregado al jesuita Pedro Paez, que le habia sucedido, toda su correspondencia con D. Sebastian, cuya precaucion era ciertamente supérflua.

Cuando anteriormente el emperador Claudio habia desterrado á los jesuitas, se refujiaron al pais de los Nareos, persuadidos de que si un dia D. Sebastian se hallaba libre, no les sería dificil establecerle en un trono; conmovido por tantas sacudidas, en el cual nin-

gun rival se atrevería á sentarse, y cuyos vasallos fatigados y exhaustos por las guerras civiles, se arrojarian con ansia en los brazos del primero que pudiera ofrecerles la esperanza de la tranquilidad y de la abundancia. En consecuencia desde el fondo de Narea, adonde se habian retirado, recibieron la noticia de la muerte de D. Sebastian; y como ignoraban la suerte de D. Francisco, perdieron enteramente la esperanza de poder ser útiles al uno ó al otro. El patriarca Oviedo acababa, pues, de morir en Narea, reemplazándole el jesuita Pedro Paez, el mas apreciable de los misioneros. Al punto se presentó el nuevo patriarca en la corte abisinia, acompañado de grande número de jesuitas

portugueses, y no tardó Socinios en rendirse á sus apostólicas exhortaciones, abjurando públicamente su culto, y haciendo á la relijion católica la única dominante en sus estados.

En esta situacion se hallaban las cosas, cuando Isouf habiendo congregado alrededor de Don Francisco algunos portugueses que se unieron á su fortuna, siguiendo el consejo de ellos, resolvió pasar con toda prontitud á la Abisinia. En efecto, despues de superados innumerables obstáculos, llegaron allá, y se presentaron al patriarca, que como se ha dicho, se hallaba entonces en la corte de Socinios. Seria dificil espresar el gozo que sintieron Paez, los jesuitas, y todos los portugueses que estaban allí reu-

nidos, al ver de repente comparecer en medio de ellos á D. Francisco, aquel único renuevo que habia quedado de un príncipe tan querido y tan desgraciado. Socinios le recibió con la mayor distincion y mas favorable acojida, y fue tratado en su corte con todas las atenciones debidas al hijo de un rey desventurado. Paez atendió luego á los medios de colocarle de una manera conforme al puesto que debia ocupar. No se pensó en destinarle al trono de Abisinia, pues las circunstancias habian variado. Socinios reinaba pacíficamente; asi Paez se ciñó á concertar con él los medios de establecer convenientemente á Don Francisco. Y en esta coyuntura se hallaban, cuando una diputacion

del reino de Narea vino á dar parte al emperador de que su nuevo rey habia de tal manera oprimido á sus vasallos desde que subió al trono, que habiéndose estos sublevado contra su tiranía, le habian dado la muerte en una refriega, y asi venian en nombre de los Nareos á pedir á Sociuios les diera otro rey atendiendo á que el que acababa de morir no habia dejado sucesion.

No dejó Paez pasar por alto una ocasion tan favorable, y persuadió fuertemente á Socinios á que diera esta corona á D. Francisco, el cual fue conducido con toda pompa á la capital de sus estados, y alli consagrado en 1611, á la edad de trece años, por el patriarca Paez, é instalado en el mando por el mis-

mo emperador, á quien prestó su vasallaje. Dos años despues le entablaron el casamiento con una hija de Fátima, reina de los pastores, indíjenos de la Athara, que Socinios habia reducido finalmente á su imperio, sujetando su indómita braveza.

Reinó sin oposicion ganándose el corazon de sus vasallos; y aunque por estar rodeado de naciones poco civilizadas, hubiera podido con el auxilio de Socinios reducirlas á su obediencia, y llegar á ser tan poderoso como su mismo protector, como poseia las cualidades de un escelente padre de familia mas bien que las de un grande rey, se limitó á rebatir las asechanzas de sus vecinos, inhabilitándolos para nuevas tentativas. Siendo insen-



sible á la gloria, hacia consistir toda su dicha en instruir á su pueblo en las costumbres auropeas, y hacerle gozar de todas las ventajas que la agricultura, el comercio, las artes y la industria podian proporcionarle, y nada hubiese faltado á su dicha, si Fátima le hubiera dado hijos; pero tuvo el amargo pesar de perderla, sin que le proporcionase esta satisfaccion, siendo este el solo disgusto que le causó en toda su vida.

Estaba ya reinando quince años cuando acaeció la muerte del respetable Paez, entrando en su lugar Alfonso Mendez, jesuita portugues, el cual, no siendo tan conciliativo como su predecesor, fue causa, tal vez involuntariamente, de que habiéndose manifestado seis

años despues un descontento jeneral en todas las clases del imperio, en vista de las persecuciones que habia movido el emperador en favor del catolicismo, se viese obligado aquel soberano, para evitar un levantamiento, á conceder á sus vasallos la libertad de conciencia. Los jesuitas y portugueses fueron desterrados de nuevo por estas ocurrencias, y se refujiaron tambien en los estados de mi padre. En vano procuraron escitar á Don Francisco á que vengase su causa, pues le hallaron del todo insensible á los reveses que sufrian. A mas D. Francisco amaba á Socinios, y no habiendo olvidado todavía que se lo debia todo, no quiso jamás sacar la espada contra su bienhechor.

Mientras tanto sobrevino la muerte de Socinios, y su hijo Focílidas al subir al trono, acababa de espeler todos los portugueses que habian quedado en sus estados. Esta providencia se dirijía á quitar á los jesuitas todos los recursos para restablecerse en la Abisinia. Mas como podia Focílidas atacar á mi padre, y obligarle tambien á que los espeliera, pensaron en darle un aliado poderoso que pudiese ponerle en situacion, no solò de no temer al emperador, sino aun de que este le temiese.

Los Agous componian una nacion limítrofe, numerosa, guerrera y feroz, á la cual los soberanos de Abisinia jamás habian podido domar. Aquellos idólatras adoraban los manantiales del Nilo, que

nacian en su pais, y que debian ser objetos de grande horror para los jesuitas; no obstante, la esperanza de reducirlos á la relijion católica, los puso en la necesidad de negociar una alianza con aquellos pueblos, y á determinar á mi padre á que se casara en segundas nupcias con Hamba, hija de Holar, su soberano.

Pero casándose con Hamba perdió mi padre la felicidad de que habia gozado hasta entonces, y de la cual nada podia compensarle. Esta princesa altanera y ambiciosa se portó con él de una manera propia para convencerle, que el que una vez ha sido afortunado con una mujer y la pierde, no debe creer hallar facilmente la misma dicha con otra.

Aunque mi padre tuviese que estar contento con la suerte que le daba un trono, cuando apenas podia esperar un asilo, no perdia nunca de vista sus derechos al reino de Portugal, y le era muy penoso verse reducido á civilizar un pueblo salvaje, siendo llamado por su nacimiento á gobernar una de las primeras naciones de Europa. Pero sus sentimientos tan vagos como sus deseos, no le inspiraban ninguna tentativa que pudiera conducir á reintegrarle en posesion del trono de sus padres, en medio de estar cercado de hombres ambiciosos, que no dejaban pasar ninguna ocasion de llegar al objeto que se proponian. Temiendo estos que su situacion en Africa se hiciera absolutamente desesperada, resolvieron

aprovecharse de las intelijencias que habian manejado en Portugal para reponer á D. Francisco en posesion de aquella corona; bien asegurados de que con su socorro no tardarian en volver á entrar triunfantes en Abisinia.

La ambiciosa Hamba, halagada por la perspectiva de verse soberana de un estado europeo, arrancó el consentimiento de su marido, asegurándole que lejos de tener que combatir, lo mismo seria comparecer en Lisboa que allanarse todas las dificultades.

Con todo, era menester para sublevar y conducir á los portugueses un otro jefe que aquel desconocido, cuyos derechos á la corona necesitaban todavía probarse; otro hombre en fin que no fuese el hijo

ignorado del que habian ya olvidado, y que como á impostor habian hecho morir en los calabozos. Con esto se dirijieron al duque de Braganza, que en defecto de descendientes de D. Sebastian, tenia derechos fundados á esta corona, y que por su clase distinguida, inmensas riquezas, y cualidades amables, era muy estimado de los portugueses.

Es bastante sabido el término brillante de aquella asombrosa conspiracion, de que las potencias de Europa estuvieron muy distantes de adivinar la verdadera causa, y que en 1639 arrancó en veinticuatro horas el Portugal á la España, reintegrando á la nacion portuguesa en todos sus derechos.

Tal fue para D. Francisco el

triste resultado de una empresa feliz, que al cabo de sesenta años hubiera restituido el cetro de Portugal á las manos de su lejítimo soberano, si se pudiera contar con las promesas mas sagradas de los partidarios, y si la ambicion no lograra muchas veces ahogar el grito imperioso de la conciencia. Mi padre se consoló mas fácilmente de aquel contratiempo que la orgullosa Hamba, contentándose con gobernar pacíficamente sus estados, siguiendo con docilidad los consejos de los jesuitas; pero sensible con todo á la dependencia en que se reconocia, la desazon le iba consumiendo en secreto, y los que le habian quedado adictos comenzaban á temer por su vida, cuando muri Hamba al darme á luz, cuya pér-

da, libertando á D. Francisco de la sujecion en que le tenia su jenio despótico, le dejó para entregarse al gozo que sentia de verse con un heredero. Todavía continuó en vivir dichoso hasta dos años despues; en cuya época, viéndose en la precision de tomar las armas para rechazar una invasion de los Gallas, perdió la vida, y me dejó al entrar en el mundo, huérfano, sin parientes, sin amigos, confiado enteramente al celo de los jesuitas. Así murió mi padre, que poseyó todas las virtudes de un hombre privado, sin tener las cualidades necesarias á un rey. Vivió sin gloria, y terminó su carrera llorado de sus vasallos, poco acostumbrados á un gobierno tan paternal. Tanto difieren en las costumbres y usos los

príncipes africanos de los monarcas europeos.

Despues de haber dado á la memoria de los autores de mis dias el tributo que debo á las grandes cualidades del uno, y á las virtudes privadas del otro, y de haber restablecido por los manuscritos auténticos de su mismo puño esta parte ignorada de la historia, voy á emprender la narracion de la mia. Me propongo ser veraz, y confesar mis defectos tanto mas libremente, cuanto se hallan minorados con otras buenas cualidades: y haré ver que habiendo nacido con las pasiones mas violentas, entre ellas la de las mujeres, ha sido la única que no he podido vencer ni reprimir; que sacrificándoselo todo, me ha inducido muchas ve-

ces á descarríos perjudiciales; desbarató los proyectos mas brillantes, me llevó hasta el borde del abismo, y arrastrado por otra parte por un gusto irresistible á la independencia, llegó mi frenesí hasta sacrificarle un trono, repudiar una esposa, y abandonar á mis hijos.

Mis aventuras podrán parecer inverosímiles y estraordinarias, pero reflexionando en mi carácter, en los maravillosos talentos con que me habia dotado la naturaleza, y que la educacion habia perfeccionado, dejará de admirarlas el lector medianamente versado en el conocimiento del corazon humano; de este dédalo, del cual se necesita haber hecho un estudio particular antes de esponerse á pronunciar

con lijereza sobre la conducta de algunos hombres.

Apenas mi padre habia cerrado los ojos, cuando los jesuitas tuvieron un consejo presidido por el patriarca. En él sentaron las basas del plan que debia asegurar su triunfo, y el de la iglesia romana en toda el Africa. Se encargaron tambien de educarme de manera, que mis talentos, mi valor, y sobre todo mi sumision á sus consejos, pudieran contribuir un dia á realizar sus esperanzas. Fue nombrado Alcar rejente del gobierno, en atencion á la adhesion que este príncipe habia manifestado á mi familia, al parentesco que le unia con mi madrastra Hamba, y su conversion á la relijion católica; pero temiendo como prudentes que aspi-

rase á usurpar para su familia el poder que se le confiaba, ó que segun manifestó despues la esperiencia, los sacerdotes idólatras, que habian dirijido su educacion, pudieran alterar sus ideas relijiosas, á que por entonces se mostraba sumamente adicto, determinaron darle un consejo, compuesto de los padres de la Compañia mas distinguidos por su saber, su celo apostólico, y su afecto á la estirpe del malogrado rey D. Sebastian, señalando mi mayoría á la edad de quince años, y esto en un clima que tanto provoca un desarrollo precoz de las facultades morales y físicas. Talcar, hermano de mi madre Hamba, vino á tomar el mando en mis ejércitos bajo las órdenes del rejente, despues de he-

chos y ratificados convenios con las naciones vecinas. Facílidas reinaba todavía; pero alarmado por la rebelion del Lasta, y de la guerra imprevista que le habian suscitado con las Sangallas, que acababan de derrotar completamente sus ejércitos, se habia visto precisado para no aumentar los estorbos políticos de su situacion, á consentir en un tratado de alianza con los Narcos. Estipularon que cuando yo llegara á la mayor edad me daria en matrimonio la tercera de sus hijas, de edad entonces de diez años; y los jesuitas exijieron de Facílidas, que en el acto entregara en su poder á aquella princesa, llamada Tella, con el objeto de educarla en la relijion católica.

Yo no fui educado ni como rey,

ni como si tuviera derechos á una corona, sino que habia de contraer méritos para obtenerla. No me mimaron ni adularon; no recibí elojios desmedidos, porque estos debian ser la recompensa de mis esfuerzos, y debia merecerlos antes de lograrlos. Mi educacion física precedió á mi educacion moral; no poniendo en uso antes de tiempo las asombrosas disposiciones, y la intelijencia prematura que la naturaleza me habia concedido, sino aplicándose á fortificar el cuerpo para asegurar el vigor del espíritu, y establecer entre ellos el equilibrio necesario. La esperiencia nos demuestra que la estension de nuestras facultades morales está en proporcion con el desarrollo de nuestras facultades físicas, y que las

unas crecen ó disminuyen con las otras; de lo cual ofrecen una prueba la infancia y la decrepitud.

Anunciaba una constitucion robusta, y aun no se omitió nada que la fortaleciese mas; y aunque desde el instante en que empecé á hablar y á sentir no estaba esclusivamente encargada mi asistencia á las mujeres, á la edad de cinco años me privaron del todo de sus cuidados para confiarme al de los hombres. Pusieron á mi lado niños de mas tiempo, y mas robustez que yo, casi salvajes, escojidos entre los Agous, sobre los cuales yo no debia tener otra preeminencia que la que podiera adquirir con la fuerza, la destreza ó el entendimiento; y constantemente estimulado y alentado, mis progresos, que eran

los que únicamente me granjeaban algunas distinciones, bien pronto fueron asombrosos.

Al paso que iba creciendo reemplazaban á los primeros otros muchachos mas fuertes, fogosos é indomables; y en cada mudanza era preciso comenzar por combatir y vencer; y aunque muchas veces la victoria quedaba indecisa, por fin siempre la alcanzaba. A la edad de doce años ya escedia en fuerza, ajilidad y valor á los jóvenes de diezi-ocho que me rodeaban, y de hecho me habia ya constituido su soberano, cuando solo lo era por el derecho de la sangre. Echaba por el suelo uno tras de otro á cuantos se atrevian medir sus fuerzas conmigo ó mostrarse rebeldes á mi voluntad; transportaba con destreza

las cargas mas pesadas á la cumbre de las rocas mas escarpadas; atravesaba á nado los torrentes mas impetuosos; saltaba con lijereza los precipicios mas espantosos; fatigaba en la carrera al animal mas veloz; le hacia caer en mis lazos, y los esterminaba con feroz audacia. Sabia arrostrar la inclemencia del tiempo y de las estaciones, acostarme en el suelo, comer raices, y beber con el hueco de la mano; sabia atrincherarme en la concavidad de una peña, en un barranco, en lo alto de un árbol frondoso; y cuando me faltaban estas guaridas, sabia formarme una en el suelo ayudándome con alguna fuerte estaca que desgajaba de un árbol; sabia sin otro auxilio que mis manos, y con algun lazo que formaba, ar-

rojando el un estremo atado con una piedra, llegar al punto mas elevado, y bajar segun me acomodaba. No conocia el miedo; solo era sensible á la gloria de superar obstáculos, arrostrar los peligros y á la muerte, y en mis triunfos tenian por lo menos tanta parte la ajilidad y la destreza, como la fuerza y audacia. Nada se me resistia; todo se rendia á mi ascendiente; y si en aquella edad hubiese yo tenido que temer de parte de un rival á causa de su preeminencia, ó bien pronto hubiese él dejado de existir, ó yo mismo me hubiera arrancado la vida, no pudiendo jamás sobrevivir á mi servidumbre ó afrenta.

Solo citaré una anécdota, para dar una idea de mi carácter, de mi fuerza y de mi valor, siendo ella la

que terminó el tiempo de pruebas. Entre los jóvenes que me oponian, era uno llamado Atou, de edad de dieziocho años, escojido entre los Agous á causa de su fuerza prodijiosa, de su intrepidez, y sobre todo de su natural indomable. Por espacio de seis meses solo hubo entre nosotros una serie continua de combates, de derrotas y victorias recíprocas. Mis ventajas sobre él habian sido menos frecuentes; jamás habia podido lograr dos consecutivas; por el contrario, mis vencimientos eran á veces repetidos. Ya todo se rendia á su poder menos yo, pareciendo que dominaba: yo era vencido, mas no domado; y afrentándome la dependencia en que iba á caer, tomé la resolucion de recuperar mi poder,

ó de ocultar mi afrenta en el sepulcro.

Con estas ideas, y acalorada mi fantasía por esta resolucion, fui á encontrale, y dirijiéndome á él, le dije: —»Atou, soy demasiado jeneroso para que intente deshacerme de un rival formidable haciéndote morir. Yo siempre he ocupado aqui el primer lugar, y quiero ocuparle todavía; tú pretendes disputármele, pero sepas que para tomarle, es menester que antes me quites la vida. Olvida quien soy, y que ese sol que nos ilumina se oculte para siempre para uno de los dos. Ya no debe decidirse la preeminencia entre nosotros por luchas pueriles y combates en que vence la fuerza y pesadez de nuestros brazos; dejemos esos juegos

para los niños; ármate, ven, sígueme á los bosques, y que lo decida el hierro." — »Te sigo, me respondió con un aire feroz; mira por última vez ese sol, que mañana ya no nacerá para ti." Nos armamos los dos con una cimitarra y un puñal, sirviéndonos de broquel un palo corto en la mano izquierda. Nos escapamos sin ser vistos, é internándonos en lo mas espeso del bosque, encontramos un claro, y allí fijamos el teatro de nuestra gloria. Nos apartamos seis pasos el uno del otro, nos medimos con la vista, y nos pusimos en defensa. —»Aguarda, le dije, tengo que decirte una palabra. Uno de nosotros va á perecer; mas, Atou, á lo menos que este se lleve la estimacion y aprecio del otro.

Dame la mano, y oiga yo de tu boca declarar, y tu de la mia, que somos valientes. Yo te dejara vivir, Atou; admiraria acaso tambien tu valor y tu fuerza, si pudiese sufrir un rival ó un superior. Dime, pues, que me estimas." Atou titubea, no sabe que pensar; pero me mira con atencion, y mis ojos humedecidos y llenos de una viva sensibilidad, doman de repente su índole feroz, se acerca: — »Esta es mi mano, Francisco, me dijo, tú eres el único á quien puedo consentir darla; no, no la tendrias sino la merecieras; muestra de que eres digno de ella, muriendo como hombre valiente. Defiéndete."

Está declaracion reanimándome dobla mi valor, y me pone superior á mi mismo, y Atou con pro-

nunciarla obraba sin saberlo contra sus intereses; y me dispongo á vender cara mi vida, si no lograba arrancarle la suya. Se cruzan nuestros aceros, saltan chispas con el choque; nos hacemos y recibimos muchas heridas, la sangre que corre tiñe la yerba, y á su vista se aumenta nuestro furor. Entre las heridas que habia recibido mi contrario, la de encima de la frente, sin ser de peligro, derramaba un arroyo de sangre que le estorbaba la vista, y como le precisaba á quitársela con la mano izquierda, ofuscados los ojos, le hacia tropezar y perder la direccion. — »Atou, le dije, suspendamos el combate, que es desigual, te llevo ahora mucha ventaja, otro dia le proseguiremos.'' — »No, me respondió con

voz terrible; no, es preciso que muera uno de nosotros. ¿Tiemblas? Defiéndete, ó pide la vida, reconociéndome por tu superior." — »Jamás, le grité con furor, jamás." Nos dimos nuevos golpes, golpes terribles y decisivos. Recoje sus fuerzas, que comenzaban á desfallecer, alza el brazo, el acero amenazaba mi cabeza; en vano quiero oponerle el palo, pues le corta y hace astillas, y por fortuna desviado y sin fuerza el golpe, me corta casi en redondo la oreja, que me queda colgando sobre el hombro. Retirando hácia mí el arma amenazo abrirle por medio con un golpe mortal. Quiere romper, tropieza con una cepa, que sus ojos oscurecidos no habian divisado, cae, y en su caida deja escapar de la ma-

no la cimitarra. Podia vencer y desembarazarme de un rival odioso; mas á la vista de un enemigo desarmado, y tendido en el suelo, se apaga mi saña. Me acerco, y le alargo la mano: — »Atou, pídime la vida, y te la concedo." — »Jamás...: tómala, y líbrame del oprobio." — »Pues bien, yo te la doy: vive, no para ser mi esclavo, sino para ser el amigo de Francisco." — »Tú me has vencido dos veces: pues has vencido mi brazo y mi corazon. Francisco, te reconozco por mi señor."

Le ayudo á levantarse, y apenas podia sostenerse; habia dado en los riñones contra la cepa; le vendo las heridas, tenia diez, aunque ninguna parecia mortal. Sentado como estaba me corresponde con

igual servicio, bien que yo habia conservado las fuerzas: — »Ven, le dije, apóyate de mí: ven, vas á ser socorrido." Apenas habia andado cien pasos, cuando aumentando su debilidad le impide andar, y aun sostenerse. — »Déjame, Francisco, me dijo, déjame: la noche se acerca, estos bosques están llenos de fieras; abandóname, sino quieres perecer." — »¡Yo abandonarte, Atou! ¿me crees capaz de ello? Te he de salvar, ó perecer contigo." Sin aguardar mas respuesta le tomo en brazos, y cargándole en mis hombros, hecho á andar con precipitacion. Su cabeza descansaba sobre mi cuello, y su boca cerca de la oreja que habia mutilado su acero, me vigorizaba con los acentos del reconoci-

miento, que penetraban hasta mi corazon. ¡Que triunfo sobre un hombre que jamás habia pronunciado una palabra de humanidad ni de blandura!

Iba adelantando camino á paso largo, sin sentir el peso de la carga, cuando al salir de aquel enmarañado bosque, y dar la vuelta á una roca, diviso una pantera, que con bufidos y con ojos centelleantes venia derecha á nosotros. — »Déjame, me dijo Atou, y podrás escaparte de ella.'' — »No abandonaré cobardemente, le respondí, á un valiente como tú; te defenderé hasta el último suspiro.'' — »A lo menos déjame en puesto, Francisco, y nos defenderás mejor á ambos.'' — »No, no, agárrate solamente de mí con todas las fuerzas

que te quedan, y cuenta con mi valor y destreza.'' Al decir estas palabras, habia recojido del suelo con mi mano izquierda un corto palo nudoso, y arrimado de espaldas á un árbol enorme, me defendian por los lados dos espinos. La fiera se lanza sobre mí bramando, le meto hasta el fondo de la garganta el puño armado del palo, el cual, clavándosele en la carne, *le impido* cerrar las fauces, *y que me despedace, y al golpe de mi cimitarra le corté la cabeza*, y sin apenas tocar en tierra, se la entrego á Atou para que la guarde. Mis heridas, como estaban vendadas de prisa, dejaban salir la sangre, de modo que me sentí desfallecer, cediendo al peso por mi sumo abatimiento. Iba á caer para no poder

levantarme, y en esta situacion nos hallábamos espuestos á ser ambos presa de la primera fiera que viniera, cuando escucho ruido, distingo voces, y despues diviso una luz. En esto se acerca jente, y al recobrar mi ánimo me hallé entre mis guardias. Los reconozco, y al punto mismo caigo desmayado y sin conocimiento al lado de Atou, que tambien estaba sin sentido.

Despues me encontré en mi palacio, en donde con celosa asistencia procuraban recobrarme la vida, y supe que tambien Atou estaba fuera de peligro. Me refirieron despues que habiéndonos visto salir solos y armados, y conociendo nuestra enemistad, habian sospechado el designio, y al instante salieron en nuestro seguimiento

para evitar una desgracia.

Bien pronto me fui restableciendo, como igualmente Atou, no quedando de aquel terrible combate sino la gloria de que me habia cubierto, y las profundas y honrosas cicatrices de las muchas heridas que nos hicimos. Cuanto mas me molestan con preguntas, tanto mas me obstino en guardar el mas riguroso silencio, para no humillar á Atou. Le preguntan tambien á él; pero ¡que transformacion en un hombre que hasta entonces nada habia podido templar! Proclama por todas partes mi victoria, con todas las circunstancias que aun la realzaban; se confiesa dos veces vencido; publica á voz en grito que soy un héroe, y todos le creen, porque sabe de valor, y

jamás acostumbraba conceder elojios. Pide entrar en mi servicio para depender de mi voluntad, y procuré que le nombraran oficial de mi guardia, sabiendo lo que podia esperar de él en todo lance. Pidiome perdon de la sangre que habia derramado, y le abracé, asegurándole que la mia se habia ennoblecido corriendo por las heridas de su acero. Despues de este acontecimiento cambió su índole enteramente, y sintiendo por la primera vez que la jenerosidad y la grandeza de alma son superiores á la fuerza y al valor, quiso tambien por una noble emulacion ser magnánimo y jeneroso. En breve tiempo llegamos á ser inseparables, cobrándome tanta aficion, que ni aun queria perderme de vista. Dor-

mia en una pieza contigua á la mia, y sobre la misma piel de la pantera que habia hecho desollar; y antes hubiera consentido que le matasen, que desprenderse de la piel que le conservaba un recuerdo tan glorioso. Con ella engalanaba el caballo los dias de fiesta, y sobre la puerta de mis caballerizas clavó en trofeo la cabeza de la fiera, teniendo aun en la boca abierta el palo que le habia impedido que nos destrozase. ¡Valiente y esforzado Atou! ¡de todas las conquistas que yo he alcanzado hasta ahora, es la tuya la que mas me lisonjea, porque he sabido vencer tu índole, y transformarte en humano y benigno, y he ablandado tu corazon con la jenerosidad! ¡Mas si yo te di la vida, si yo supe conservártela, tú

tambien supiste perecer por salvar la mia! ¡Ah! ¡jamás pienso en ti, que no consagre una lágrima á tu memoria!

El doble triunfo que yo habia conseguido puso el colmo á mi gloria, pues como se llegó á desesperar de mi vida, no quisieron verme en adelante espuesto á perderla con nuevos ensayos; y habiendo manifestado hasta la evidencia que era el mas valeroso y esforzado del reino, se decretó que habia espirado el término de las pruebas, y que por fin bien merecia llevar una corona.

Al patriarca y demas jesuitas les caian en gracia estos progresos, que eran la admiracion de todos, sin duda porque estaban lejos de prever que no siempre se-

rian los resultados igualmente favorables. Al mismo tiempo que aplaudian esta parte esencial de mi educacion, no habian olvidado la que únicamente podia darle un verdadero valor. Con la mira de perfeccionarla no omitieron dilijencia en cultivar asi las disposiciones ventajosas que habia recibido de la naturaleza, como las que habia adquirido despues, para impedir que en lugar de llegar á ser el mas perfecto de los soberanos, no me hiciera el mas célebre de los malhechores.

Un talento y una memoria estraordinaria me facilitaron progresos maravillosos, y á los doce años era ya un prodijio. A mas de los idiomas de las naciones circunvecinas, que sin dificultad empezaba

ya á hablar, habia tambien aprendido las lenguas portuguesa, española, arábiga y latina, que podian algun dia serme útiles, y á las cuales despues añadí el aleman, el italiano y el ingles, usando la mayor parte de ellas con tanta facilidad y pureza, como los naturales de los paises en donde se hablan. Poseia á fondo la historia, la política, la lejislacion; conocia todas las relijiones, su orijen, progresos y prácticas. Sacaba mis recreos de la física, de la química, de la historia natural, de la astronomía y buenas letras, y aun cuando no me hubiese favorecido tanto la naturaleza, bajo la direccion de aquellos maestros no podia dejar de hacer muy rápidos progresos. Sin duda debia esta facilidad, esta comprension y

memoria prodijiosa, á la sangre de que descendia por parte de mi madre, á la cual era muy parecido, teniendo la conformacion estraña de facciones y figura, que siempre me han hecho señalar fuera de la Africa. Nada tenia de mi padre, nada de la raza europea; en una palabra, era un Agou: no habiendo acaso entre todas las naciones que pueblan el mundo, otra á la cual la naturaleza haya favorecido tanto, ni que tenga tantos recursos naturales, una penetracion mas vasta, una destreza mas asombrosa, y un valor mas intrépido. Tambien conservaba de aquel pueblo singular el talento propio, que habia yo perfeccionado hasta un punto que admiraba, de la imitacion con que transformaba mi voz, tomando en

el instante que queria las facciones y metal de voz de los que veia ú oia; de hablar en lo interior, y sin mover los labios; de hacer salir mi voz en la apariencia de cierto punto de distancia; y en estos ejercicios dejaba muchas veces admirados aun á los mismos Agous mas espertos en estas habilidades (arte de los ventrílocos). Pero si estas ventajas fueron á menudo empleadas para mi deleite, ó provecho de los otros; y si algunas veces me fueron muy útiles, tambien otras muchas llegaron á ser el oríjen de errores muy fatales y la causa de enormes desgracias.

A todos estos talentos estraordinarios escedía sin comparacion un don raro y feliz de la naturaleza, con que pródiga conmigo me ha-

bia agraciado al nacer, y era un poder casi májico que tenia mi voz y mirada para obrar un ascendiente irresistible sobre cuantos me rodeaban. Sobre todo era mas seductiva aquella facultad oculta con las mujeres; las miradas entonces se hacian mas espresivas, y la voz tomaba tambien una modulacion especial, combinándose para dar á mi discurso una verdad, fuerza y sensibilidad que iba al corazon, sin dejarle la libertad de reflexionar ó de resistir. Si esta facultad de fascinar ha contribuido á que, á pesar de mi presencia estravagante, lograse progresar tanto con el bello sexo, debo hacerle justicia en declarar de que conmigo ni aun podia defenderse. Dejará de sorprender lo que refiero, si se re-

flexiona que esta facultad inesplicable existe mas ó menos en todos los hombres, y que solamente poseía en mas alto grado de perfeccion aquel poder secreto y simpático, que establece sus relaciones, determina sus enlaces, su supremacía ó dependencia, sin atender á la situacion en que los coloca la clase y la fortuna.

Entre los relijiosos que dirijian mi educacion, preferia al padre Urbano Sarza, de un mérito singular, y que á mas de los vastos conocimientos que poseía, juntaba ȧ índole mas benigna y apreciable á los modales mas atractivos. Tambien era el único que podia templar la efervecencia de mis pasiones; el único que pudiera sufrir mis cargos, y el único en fin que

logró moderar la infundada aversion que mis maestros me inspiraban entonces, por la dependencia en que me tenian, y la que me impidió manifestarles una repugnancia, que me hubiera perjudicado en lo sucesivo. Y esta preocupacion no me dejaba concebir, en cuanto habian hecho con mi abuelo y mi padre, y en lo que se desvelaban en cimentar mi instruccion, las intenciones jenerosas que en realidad tenian; veía ya con pesar la rejencia y mis estados gobernados por una persona que podia tener intenciones contrarias á mis intereses, y me indignaba al considerar que ni aun me habian dejado elejir una esposa. El gusto de la independencia, la educacion que habia recibido, el senti-

miento de mi mérito, y de lo que podia hacer, todo esto junto aumentaba mi despecho, aguardando con impaciencia la época de una mayoridad, la cual, invistiéndome el poder, me desembarazaria de aquellas trabas.

La princesa Tella tenia veinte años cuando yo sola tenia doce, y esta desproporcion de edad, que debia hacerse sentir mas tarde, y para otro jóven fuera mas atractiva, á mí ya entonces me desagradaba. Y en efecto, ¿en que otra época tiene una mujer mas derecho de cautivar ó de agradar? No obstante, me anticipaba lo venidero para quejarme; y aunque no carecia de gracias y prendas recomendables, bastaba que me hubieran privado de la libertad de ele-

jir, para que la mirase con una repugnancia insuperable. Acaso hubiera podido dispensarle algunas atenciones, de las que con mucha frecuencia he prodigado á otras mujeres que no valian tanto; mas nada tenia que pudiera cautivarme, y sus opiniones, gustos é índole diferian en tanta manera de los mios, que á ser yo libre, no hubiera sido ella la elejida para que me ayudase á llevar el peso de una corona. Los soberanos que se casan sin consultar su inclinacion, y por motivos puramente políticos, son muy desgraciados..... ¡Cuanto puede aliviar sus tareas una reina amable y querida, y contribuir á aficionarse mas los corazones de sus vasallos! Cautivada Tella por el poder secreto con que sojuzgaba yo su se-

xo, nada omitia para darme gusto. Cualquiera otro se hubiera quizá dejado vencer de sus halagos y muestras de cariño; pero habia de ser mi mujer, y cuando lo reflexionaba, me veia en la precision de refrenarme ó reportarme mucho para no tratarla con desabrimiento, y aun con dureza.

Entre tanto el rejente Alcar, embriagado ya con los atractivos del poder, deseoso de apartar de sí á cuantos pudieran tener afecto á mi persona, y procurar conservarme el trono, que con tantos afanes me habian asegurado los jesuitas, comenzó á fomentar las secretas esperanzas de los enemigos de mi familia, y escitó cautelosamente á los falsos sacerdotes de su antigua relijion, presentándoles la idea li-

sonjera de recobrar el influjo que habian perdido, y tomar venganza de sus contrarios y de los de sus dioses. Algunas conmociones que se notaron en diversas partes del reino, causadas por la carestía que produjo una cosecha poco abundante, fueron el pretesto de que se valieron el rejente, á quien la ambicion hizo poner en olvido todos sus deberes, y los perversos secuaces que temian ver trastornados sus designios con el gobierno firme y prudente de mis maestros, ó por mí mismo, creado por ellos á mi advenimiento al trono. Supusieron, pues, falsamente que aquellas ajitaciones eran efecto del rigor con que se perseguia á cuantos no profesaban el catolicismo, aparentando ideas conciliatorias, llamó el

rejente al consejo á algunos de sus inicuos sacerdotes; propuso como el mejor medio de restablecer la tranquilidad la libertad de conciencia; y de esta suerte, hallándose en los jesuitas la oposicion tenaz y virtuosa que les dictaban su amor á la santa relijion de Jesucristo, el conocimiento de los infames ardides con que se intentaba dar armas á sus enemigos, y el fundado recelo de que al rejente le movian otros deseos que los de favorecer una creencia absurda, cuya falsedad conocia harto bien para amarla, tomó su contradiccion por un acto de inobediencia y de menosprecio de la dignidad real acusoles en el mismo consejo y en el público de ambiciosos, y asi pudo escluirlos de aquel, y hacer que

los reemplazasen sus idólatras ministros, dispuestos á favorecer abiertamente la usurpacion. No obstante, quedaba para conseguirla el obstáculo mas poderoso; los pueblos estaban demasiado acostumbrados á la dominacion de mi familia; conservaban harto presente la memoria de la bondad y de las virtudes de mi abuelo y de mi padre, para que fuese facil privarme á su vista del trono que me habian destinado, por mas que el ingrato rejente hubiese ganado la voluntad del príncipe Talcar, que como he dicho, se hallaba al frente de todas mis tropas.

Resolvió, pues, de nuevo el consejo hacerme viajar con el pretesto de que observase las diversas costumbres de las naciones, las va-

rias formas de gobiernos, y que estudiando las lenguas y las leyes de Europa, las comparase entre sí, y llegara á ser, como ellos decian, un monarca sábio y perfecto. Para encubrir mejor sus intenciones perversas, fascinar á los incautos, y acallar á los mismos jesuitas, mis protectores, determinaron que me acompañasen dos de ellos de los mas sobresalientes por su penetracion y saber; de cuya manera, al paso que indicaban deseo desinteresado de mi bien, allanaban aun mas el camino para consumar su obra durante mi ausencia.

Habiéndose adoptado esta medida, se celebró consejo pleno, en el cual comparecí por la primera vez sentado al lado del rejente. Tomó este la palabra dirijiéndose á

mí: — »Vuestra majestad me permitirá que le informe de lo que ha resuelto el consejo de rejencia. Nada se ha omitido para hacerle digno del trono que debe ocupar, y V. M. ha correspondido á los desvelos que se han tenido, hasta llegarse á presajiar una suerte aun mas brillante. Desde que por fallecimiento de vuestro augusto padre me encargué de la rejencia de su reino, no he dejado de trabajar incesantemente en la ilustracion y bien estar de su familia. Si la Compañía habia preparado un retiro á su desventurado abuelo, y dado un trono á su padre, yo siempre adicto á V. M., le he conservado sus derechos durante su minoridad, he afianzado su poder, y he mantenido la tranquilidad en sus esta-

dos, he estendido el comercio, enriquecido el tesoro público, doblado la poblacion, hecho florecer las artes y la industria, y mantendré esta brillante situacion hasta la época en que V. M., tomando en sus manos las riendas del gobierno, le podrá aun embellecer con nuevo esplendor: esto es lo que he hecho yo, persuadido de que una de las principales virtudes de V. M. es la gratitud; no dudo que lejos de alentar sus efectos tendrá que ponerles límites. Pero si todo presajia que V. M. eclipsará un dia la gloria de sus antepasados, ha pensado el consejo que necesita para conseguirlo estudiar á los hombres y los gobiernos; y que aunque los conocimientos teóricos que posee sean ya muy estensos, solo com-

parando, observando, y viajando por el vasto teatro del mundo, puede darles el grado de perfeccion que desea alcanzar. Ha resuelto, pues, el consejo que V. M. viaje por espacio de los tres años que le quedan á pasar hasta la mayoría, no solo por los estados limítrofes, sino tambien por las potencias europeas; que las recorra como un simple particular, sin estrépito y sin ostentacion; pero con todas las comodidades posibles. Le acompañarán dos relijiosos de la Compañía de Jesus, para que le ayuden con sus consejos, y atiendan á cuanto se le ofrezca; de los cuales nombrando el uno el consejo, ha reservado á V. M. la facultad de escojer el otro. Tomará tambien, asi como lo ha hecho el consejo, en-

tre los oficiales mayores de la corona, otros cuatro entre los de su guardia ó ejército, y el número de criados que crea necesarios para su servicio. Se aprontarán cantidades de dinero librando letras por donde debe pasar V. M., y se tomarán finalmente todas las medidas, para que sin ser conocido viaje con toda la comodidad de que pueda gozar el particular mas opulento. ¡El cielo se digne conservarme la salud, y protejer su regreso! Cuando pasados tres años vuelva á entrar en sus estados, lo encontrará todo prevenido para su matrimonio y coronacion, pudiendo contar con mi rendimiento y respetuosa adhesion."

Durante este discurso estuve yo reflexionando lo inútiles que serian

mis esfuerzos en retraerme. Este viaje era por otra parte de mi gusto, pues me libertaba todo aquel tiempo de una odiosa dependencia, y en este intervalo podrian sobrevenir una multitud de circunstancias, que facilitaran mi deliberacion, dándome los medios de romper un matrimonio aborrecible. Tomé con esto el partido que me convenia, procurando, aunque en vano, ocultar la indignacion que me habia causado aquel discurso: — »Vuestra alteza, respondí al rejente, ha presentido mis gustos, yo se lo agradezco; en efecto, era inútil entrar en la enumeracion de los servicios que V. A. me ha prestado desde que se encargó de la rejencia; hubiera podido dispensarse de ello con reflexionar, que todo

lo que ha hecho conmigo no es mas que el resultado del justo reconocimiento que debia á mi padre, y á los sentimientos que debian inspirarle los vínculos del parentesco con su esposa. Estoy bien persuadido á que continuará en hacerse digno de mi gratitud, ocupándose V. A. en mis intereses, y le acreditaré mi satisfaccion, cuando á mi vuelta hallare, como espero, mi reino floreciente, y mi pueblo venturoso."

Observé en las miradas del rejente y de los jesuitas la sorpresa y el descontento, y temí que hubiese dejado descubrir mis sentimientos secretos mas de lo que convenia y yo pensaba. Disolviose el consejo, y al instante se acaloraron los preparativos para mi par-

tida; pero esperimenté grande displicencia al saber que el relijioso nombrado por el consejo para acompañarme era el padre Cristóbal Barca, hombre sábio, pero inflexible y en todo idólatra de su opinion. No dudando que habia de tener á mi lado un censor severo, dime prisa á usar del derecho que me dejaban para juntarle el buen padre Urbano. Entré en el cuarto de la princesa para despedirme, y la hallé sumerjida en lágrimas. Movido de su dolor le tomé la mano: — «Princesa, ¿á que vienen esos lloros? Reservadlos para un hombre que sea acreedor á vuestra ternura; yo no me espongo á ningun riesgo, y cuando vuelva será para corresponder á vuestras esperanzas conduciéndoos al altar. ¿No me es-

tais ya destinada? ¿Puedo acaso hacer otra eleccion?" —»D. Francisco, efectivamente no es vuestra la eleccion, me es conocida vuestra indiferencia. ¡Ah! es cierto que no sois vos el que me llamais á la dignidad á que me destinan, y que con gusto renunciaria si me lo permitieran, pues no soy la mujer de vuestro corazon." —»Tella, acaso á mi vuelta me hallareis mas digno de la inclinacion que me mostrais; tres años causarán una grande mudanza en mi entendimiento y en mi voluntad; y asi aguardando este momento, procurad vencer las penas que estoy distante de merecer." Pude recabar de mí por la primera vez el abrazarla, y la dejé con prontitud para terminar aquella penosa visita.

Me puse en camino al dia siguiente de madrugada, y es de creer que el fiel Atou no dejaria de acompañarme; y en realidad era el primero de los cuatro oficiales que habia escojido. Me dirijí á Gondar, corte del emperador Facílidas, el cual me recibió con la mayor distincion como á su futuro yerno. En una conversacion reservada que tuvimos, me dijo: — »D. Francisco, ya tengo noticia de las siniestras intenciones con que el rejente de vuestro reino intenta alejaros de él; tambien yo tengo justos motivos de temerlo todo de su resentimiento; jamás hubiese contraido una alianza con los Nareos, sino desease conservar la tranquilidad de mi imperio. Jamás hubiera yo consentido en entregar mi

hija Tella para educarla en la relijion católica, y hacerla vuestra esposa, si la necesidad no me hubiese obligado á ello; ya mucho tiempo hubiese intentado arrancar esta hija, si enterado de lo que sufria vuestra grandeza de ánimo de la opresion en que os tienen, no hubiese preferido á que obrásemos de concierto. Para nuestra libertad es preciso que engañemos su vijilancia, y es indispensable que á pesar de vuestra indiferencia os caseis con mi hija, siendo ella la prenda de vuestra union. Sabeis lo que hizo mi padre por el vuestro; yo haré mas aun, D. Francisco, en vuestro favor. Ignorais lo que pasa en vuestros estados; ignorais que el príncipe Talcar, que manda vuestros ejércitos, tan am-

bicioso como vuestra madre, y olvidando que es vuestro tio, trata de seducirlos, y cuenta aprovecharse de vuestra ausencia, para favorecer la usurpacion del rejente, y ya le hubiese puesto en perdicion, si su aversion á la relijion católica no le hubiera alejado de los jesuitas, que queria tambien envolver en su intriga. Tal vez este vuestro viaje entra ya en el plan, como tambien el casamiento que debe seguirse; tal vez con vuestros talentos y valor se proponen avasallar á los Agous. Pero no temais nada, los Nareos os quieren, y asi Talcar no logrará jamás seducirlos. Le haré avisar de que conozco sus designios, y que velo sobre su conducta. Partid con toda seguridad, y descansad en mí; que-

do aguardando vuestra vuelta para afirmar mi poder, y repartirnos el Africa." Esta franqueza me colmó de júbilo. ¡Cou que tendré la certeza de mi independencia futura! En aquel mi enajenamiento prometí á Facílidas casarme con su hija, y hacerme acreedor á sus bondades.

Al apartarme de él me dirijí á los Agous, en donde reinaba todavía Hosdar, mi abuelo materno, el cual, habiendo oido hablar de mí tan ventajosamente, me recibió con los brazos abiertos, y aun se aumentó mucho mas su aficion al ver en mí la notable semejanza que tenia con su hija. Le informé de las miras que se tenian contra él, y de lo que debian temer de la ambicion de su hijo Talcar, que

comandaba mis ejércitos. Me espresó todo su reconocimiento por el aviso interesante que le comunicaba, y me dió toda la seguridad para que viviera sin zozobra acerca de Talcar; y á la verdad partí tanto mas sosegado, cuanto tuve ocasion de convencerme de que si los Nareos me querian, no me apreciaban menos los Agous, los cuales, mirándome como á un príncipe de su linaje, parecian estar muy orgullosos en que yo les perteneciese.

En seguida visité los reinos de Adel, de Ajan, Mara, Ansa y Funji, los tres reinos de las Gallas, los Sangallas, y todas las hordas medio salvajes, que pueblan la parte oriental de la Etiopia; y me aseguré de las disposiciones pací-

ficas de aquellos pueblos guerreros, y de que jamás tomarian las armas sino en mi favor.

Dejando el reino de Ajan, y costeando el mar de las Indias, entré en el Zanzibar, que guarnece mis estados por la parte de oriente, y de allí al Menomotapa, en donde visité las célebres minas de oro de Sofala. Por la izquierda del lago Maraví, y los montes Lupata, atravesé la Etiopia hasta Canga; seguí por la orilla del rio blanco, que pasé por en frente de Sennar, capital del reino de este nombre, cuyo poderoso soberano me habia recomendado muy particularmente al emperador Facílidas. Recorrí los diferentes estados de la Nubia, llegando en fin á aquel famoso Ejipto, en el que habian reinado

en otro tiempo los antepasados de Fátima, primera esposa de mi padre; célebre comarca, de la cual solo quedan ya ruinas, desiertos y brillantes memorias. Sentí una muy viva satisfaccion en el conocimiento que hice con los monjes Coptos, con muchos de los cuales tenia muy estrecha amistad el padre Urbano. Aunque muy jóven entonces, la detencion que hice entre ellos en las grutas de San Antonio y de San Pablo, cerca del golfo de Eroópolis, y despues en sus retiros de la Siria, me convenció de cuán preciosos eran los conocimientos sublimes que les han transmitido los antiguos sacerdotes del templo de Memfis, de que eran los dignos depositarios. Se verán á su tiempo las inapreciables venta-

jas que yo recojí de mi trato con ellos; y entonces se apreciarán el mérito y virtudes de aquellos piadosos solitarios, cuando se verá cuan facilmente, si los domináran la ambicion ó la avaricia, saldrian de aquella venturosa obscuridad.

Atravesando por el istmo de Suez entré en el Asia, y fleté un barco en Alejandreta para transportarme á Europa. La situacion política de Portugal, que tenia tan bien conocida, me hacia desear con ardor el desembarcar en aquel dominio de mis antepasados. Asi nos entramos abordo en aquel bastimento, que al instante se hizo á la vela para Lisboa. Sentí un estremecimiento al poner el pie en aquella célebre Europa, centro de las ciencias, de las artes y del co-

mercio, de todos los deleites inseparables de una perfecta civilizacion, y cuyas costumbres y usos difieren tanto de los del Africa.

Apenas habia entrado en Lisboa, supe que D. Alfonso, que habia sucedido á su padre, ni por su gobierno, ni por su conducta no era ciertamente las delicias de sus pueblos; y que la España continuaba con vigor la guerra, aprovechándose de las divisiones intestinas, lo cual me convencia de cuan fundadas eran las esperanzas que habia concebido, y que habia llegado muy oportunamente para que me sirviese de aquellas circunstancias para recuperar el cetro de mis mayores.

Me ocupé en recorrer Lisboa con viva curiosidad é interes, y la vis-

ta de aquellos suntuosos palacios, que ellos habian habitado en otro tiempo, me arrancaba lágrimas que corrian con abundancia sobre los venerables sepulcros en donde reposaban sus cenizas. Mi corazon se entregaba á los sentimientos mas afectuosos, y se angustiaba al contemplar cómo la especie humana menosprecia lo que hay de mas sagrado para satisfacer su ambicion ó su codicia, ofreciendo de esta verdad un triste ejemplo mis desafortunados abuelos, víctimas de sus pérfidas intrigas.

Iba reflexionando sobre la posibilidad de sacar partido de los acontecimientos que se presentaban, sobre los medios de darme á reconocer, de combatir venciendo, ó de morir por recuperar mis de-

rechos, y no ignoraba que los padres Urbano y Cristobal tenian sobre todo esto sus instrucciones, que no habia podido penetrar por mas que solicité su conocimiento. Supe por medio de Atou que aquellos dos relijiosos habian tenido entre sí muy fuertes debates, y que se habian ausentado ya el uno, ya el otro, habiendo hecho y recibido por la noche algunas visitas misteriosas, que aunque no me podia decir nada por lo claro, bastaba esto para convencerme que entre los dos se trataba de alguna cosa muy séria que no me concernía. Todo esto me iba ya inquietando, y aun estaba decidido á valerme de cualquier medio para vencer la reserva del buen padre Urbano, cuando entrando una noche muy

tarde en mi aposento, me despertó y dijo: — »Vuestra majestad se halla en peligro por la imprudencia del padre Cristobal. Nuestras instrucciones se estendian á observar la situacion política de Portugal; pero el padre Cristobal se ha propasado contra mi voluntad, permitiéndose franquezas indiscretas; y aunque todavía no se sospeche quien sois, ha habido imprudentes que han revelado estas peligrosas confidencias. En fin, nos han avisado que esta noche el gobierno habia tomado las señas de nosotros, y que era de temer que vinieran á sorprendernos. Yo queria advertiros sin dilacion del riesgo para evadirnos prontamente: pero el padre Cristobal, dejándose llevar de su carácter demasiado

mente decidido, á pesar de mis instancias se ha salido diciéndome que iba á remediarlo todo. Como le tengo bien conocido, no dudo que vaya á perdernos; asi conjuro á V. M. que se levante sin dilacion y que me siga, pues no tiene que perder un solo instante."

Salto de la cama, y á toda prisa yo, el padre Urbano y los oficiales de mi comitiva nos ponemos las chamarretas de los criados, y les damos el punto de reunion en Badajoz, en las fronteras de España, en donde el desconcierto inseparable de la presencia de los ejércitos que cubrian aquel punto, podia favorecer nuestra fuga. Tomamos algunos puñados de oro, y abandonamos los caballos y bagajes, haciendo adelantar fuera de

la ciudad á un criado mio con el encargo de volver á entrar por la mañana disfrazado de aldeano á entregar un billete al superior de la Compañía, y que despues nos alcanzára en Badajoz con la respuesta.

Apenas habíamos dado algunos pasos en la calle, cuando oimos venir detras de nosotros un tropel de jentes. No dudando que en efecto venian á prendernos, Atou y mis oficiales hacen alto para cubrir mi retirada. ¡Cuanto sufria yo en no poder tener parte en aquel riesgo! Marchamos precipitadamente, cuando oimos unos gritos tumultuosos, que nos hicieron creer que nos perseguian, y bien pronto hirió nuestros oidos con claridad el ruido de las armas blancas,



y el estruendo de las de fuego; quiero retroceder para ir á combatir, y el padre Urbano me lo disuade; resisto, y ya en ademan de marchar: — "¿V. M., esclamó, me abandonará? Le suplico que me acompañe, y no me niegue su amparo." — "Padre mio, le respondí, poneos en salvo sino quereis aguardarme: ¿me creeis acaso tan cobarde que huya mientras que tantos valientes se sacrifican por mí?" Con esto le dejo, y corriendo acelerado llego al lugar de la refriega, la cual se habia empeñado muy seriamente. Un refuerzo de hombres de á caballo habia venido á sostener el partido que nos atacaba, y el intrépido Atou, al frente de los mios, aunque oprimido por la muchedumbre, defen-

dia no obstante el puesto. Me interno cautelosamente por detras de uno de á caballo, le doy de puñaladas, salto encima de su caballo, y de improviso me muestro asi montado al frente de los mios. Acometo con intrepidez al comandante del piquete, le derribo, y uno de los mios se apodera de su caballo. Atou y los otros imitan el ejemplo, y luego que la mayor parte se hallaron montados, se esparce el terror por los que nos acometian: vanse retirando; desminúyese su número, y huyen por fin, dejando la mayor parte de ellos en el campo de batalla. Pusimos entonces á las ancas de los caballos á los que se habian quedado á pie, nos reunimos con el padre Urbano, le hago subir tambien, y en breves

minutos nos hallamos fuera de la ciudad. Atou habia recibido una herida considerable por resguardarme con su cuerpo, y dos oficiales tambien habian salido heridos, de los cuales el uno desgraciadamente habia perdido la vida.

Tomamos el camino atravesando el pais, y á la salida de un bosque nos encontramos con una partida de voluntarios de á caballo que iban á reunirse al ejército, y casi sin disparar un tiro les quitamos los vestidos, armas y papeles, y cubriéndonos con sus despojos, dimos los caballos á los que no tenian, desjarretamos los otros, y pasamos adelante. Al llegar á la frontera, una avanzada portuguesa que defendia el puente de Guadiana, tomándonos por desertores,

nos quiso impedir el tránsito, pero la arrollamos sin dificultad. Acuden otros á sostenerla, y en un improviso nos hallamos en el puente cortados por todas partes. Quiero darles ejemplo, y saltando el parapeto, me precipito en el rio, y me siguen todos los demas. Nos dejamos llevar de la corriente, y tomando tierra un poco mas abajo, nos acojen los españoles como si fuéramos transfugos, y despues de librarnos de algunos peligros, llegamos á Badajoz. Esperábamos al criado que dejamos en Lisboa para que nos trajera noticias del padre Cristobal, cuando vimos llegar á los dos juntos. El superior de la Compañía nos participaba, que no sin mucha dificultad habia podido salvar á aquel hombre imprudente.

haciéndole pasar por un simple misionero recientemente llegado de las costas de Berbería.

Cuando el padre Cristobal compareció por la primera vez delante de nosotros, tuvo la osadía de hacerse un mérito de los riesgos á que, segun decia, se habia espuesto por mí. — »Padre mio, le contesté secamente, no solo os dispenso que en lo sucesivo me presteis semejantes servicios, sino que tambien os declaro que en adelante no tomaré consejo sino del padre Urbano. Os exonero de las funciones que la rejencia os ha confiado, y os prevengo que estoy decidido á enviaros á Narea al primer paso que os permitais sin mi consentimiento.'' — »V. M., me repuso, no tiene derecho para ello.''

— »¡Yo le tomaré! le interrumpí; y si añadís una sola palabra, al instante mismo os hago repasar el Guadiana, y entregaros en manos del comandante de Elvas, para que os haga conducir á Lisboa, y allí os librais como podais." — »V. M. olvida lo que debe á mi carácter." — »Vos me precisais á que lo olvide. Salíos, y no comparezcais mas en mi presencia." Queria replicar, mas hice señal á Atou para que le asegurase, y entonces el temor de ser llevado á Elvas le redujo al silencio, y le obligó á retirarse.

Luego que se hubo salido consulté con el padre Urbano, poniendo la consideracion en el partido que debíamos tomar. Como nuestro proyecto al salir de Portugal

era de pasar á España, se habia provisto de antemano de escelentes recomendaciones para los jesuitas de aquel reino; y asi resolvimos ir en derechura á Madrid, en donde nos detuvimos algun tiempo.

El padre Cristobal, cuya malicia y carácter vengativo tenia yo bien conocidos, portándose desde entonces conmigo mas circunspectamente, parecia limitarse al papel de espía de mis acciones, por lo que me propuse observarle con mayor atencion, temiendo que sus informes respecto de mi conducta me desacreditasen en mi reino, haciéndome perder la buena voluntad de los pueblos. El padre Urbano, lleno de confianza en mi prudencia y en mi firmeza, me dió

conocimiento de las instrucciones que habia recibido. Ya no se pensaba en ocultarme ninguna cosa: dirijia yo tambien todas las medidas que tenian alguna relacion con nuestra seguridad; habia reunido mi consejo presidido por mí, del cual habia ahuyentado al pabre Cristobal, haciendo al padre Urbano dueño de toda mi confianza, á que era acreedor; en una palabra, obraba como un rey, dirijiendo á los mismos que me habian dado para que arreglaran mis acciones. Tuve muchas conferencias interesantes con los jesuitas españoles, procurando que por el influjo que podian tener con los príncipes vecinos á mi imperio por medio de los misioneros, y sus conexiones con los principales persona-

jes, me preparasen en caso necesario un apoyo para conservar el trono de Narea, que pretendian usurparme.

Habiendo acabado de correr la España, entré en Francia, en donde reinaba entonces Luis XIV. La fama habia estendido hasta la Abisinia la gloria de aquel príncipe, y estaba impaciente por verle, para formar juicio por mí mismo. Observé sobre todo el singular tino con que habia sabido escojer los ministros, los jenerales y los perceptores de sus hijos, y á todos los que tenia á su rededor, ó que ponia al frente de los negocios. La proteccion que habia dispensado á las bellas letras, á las artes y á las ciencias, elevaron su reinado al mas alto grado de esplendor. Aquel so-

berbio reino, objeto constante de la emulacion de sus vecinos, y conmovido por tanto tiempo por las disputas de la Fronda, acababa de terminar su guerra con la España por el tratado de los Pirineos, cuyo acontecimiento, dejando á esta la facultad de dirijir todas sus fuerzas contra Portugal, favorecía mis esperanzas.

Despues de haber visitado todas las partes de Francia, cuyo suelo, clima, fertilidad, estension y poblacion, junto al carácter feliz, al valor y jenio de sus naturales, la han hecho mirar con razon como uno de los principales estados de la Europa, nos decidimos á pasar á Inglaterra. Desembarcamos finalmente en un pueblo comerciante, que solo subsiste por su marina y

comercio casi esclusivos, que le han puesto en estado de hacerse temer; coloso monstruoso, cuya cabeza no guarda proporcion con los miembros, que tiene tan solo una existencia precaria y facticia, porque si se hallara reducida á su territorio poco estenso, á su clima nebuloso, á su ingrato suelo y débil poblacion, caeria bien pronto en la clase de las potencias de tercer órden.

Carlos II habia recuperado el cetro de su padre, el cual habia pagado con la cabeza la desgracia de no haber sabido reinar. Cromvel la hizo caer, y apoderándose de la autoridad, habia dado una prueba de lo que pueden los talentos y el arrojo; asi como su hijo Ricardo en no aprovecharse de su

dicha, y en huir cediendo el puesto á Carlos II, para ir á morir ignorado á Jinebra, habia ofrecido un nuevo ejemplo de fortuna del capricho de los pueblos, de la poca confianza que se ha de poner en ellos, y de lo arriesgado que es querer gobernarlos cuando se carece de los medios necesarios. Se acababa de resolver el matrimonio de Carlos II con la infanta de Portugal, y los socorros que con este motivo enviaron poco despues los ingleses á Lisboa, hicieron perder á los españoles la batalla de Elvas, cuyos resultados produjeron la paz.

De Inglaterra pasamos á Holanda. Guillermo III, hijo de un sobrino del príncipe Mauricio, que habia protejido á mi abuelo, no tenia mas que diez años, y asi no po-

dia serme de ninguna utilidad. Seguramente no era lisonjera la perspectiva que se ofrecia entonces á un jóven príncipe, que mas adelante llegó á ser el regulador de la Europa, subiendo al trono de Inglaterra, del cual se vió huir para siempre á Jacobo II, su suegro, destronado, infeliz, y reducido á buscar un asilo en una corte estranjera. Jamás siglo alguno habia ofrecido á los soberanos tantos ejemplos de la instabilidad del poder, y estos ejemplos no me fueron infructuosos.

Visité despues sucesivamente la Alemania, la Italia, las naciones del Norte, y los demas estados de Europa, admirando la alteracion que el tiempo habia causado en sus costumbres, en su carácter y en

sus gobiernos. ¿Que se habian hecho aquellos Gaulas, aquellos Jermanos, aquellos Scitas y aquellos Sármatas? ¿Se podian reconocer ya en los pueblos afeminados de la Italia aquellos antiguos romanos, que bajo un César supieron vencer y señorear la mitad del mundo? El lujo y los deleites habian depravado todos los pueblos europeos; sus campañas, que se reducian casi siempre á simples evoluciones, se terminaban en las inmediaciones del invierno por la vuelta de los ejércitos á sus respectivos cuarteles, y hubiese bastado bien pronto contar los batallones por tierra y los navíos por mar para decidir con seguridad sobre el éxito de una batalla. De las victorias y triunfos no se conocian mas que las pomposas

relaciones que se leian en las gacetas; y los regocijos que se hacian de una parte y otra por unos sucesos pueriles y dudosos.

Ya solo quedaban que pasar seis meses hasta mi mayoría, y terminando ya mi viaje, me disponia á regresar á mis estados. Pasando por Hungría llegué hasta Venecia, de donde mi abuelo, despues de haber sido reconocido por rey de Portugal, se habia visto precisado á huir con tanta precipitacion. Atravesé la Italia, y me detuve en Nápoles, para ver en el castillo del Oro el aposento que habia ocupado D. Sebastian. Vi con dolor la cama en donde exhaló el último suspiro, y regué con mis lágrimas aquel lecho solitario, en donde meditó con tanto tiempo sobre su gran-

deza pasada. Me embarqué en Nápoles, y llegué á Constantinopla, en donde me detuve algunos dias: despues siguiendo por la Arabia, y costeando el mar rojo, salí por el estrecho de Babelmandel, y vine á bajar á Melinda, desde donde di felizmente la vuelta para mis estados.

No entraré en el pormenor de un gran número de acontecimientos estraordinarios que sobrevinieron en este interesante viaje, porque esta narracion me llevaría muy lejos.

Antes de dejar la Europa habia establecido de acuerdo con el emperador Facílidas negociaciones reservadas con los príncipes vecinos al reino de Narea, á fin de que coadyuvasen con sus fuerzas á seu-

tarme en mi trono; al paso que mis fieles amigos los jesuitas, constantes siempre en su gratitud y afecto á mi familia, habian procurado cautamente hacer conocer á mis vasallos las pérfidas ideas del rejente Alcar, inspirándoles amor á mi persona, y evitando asi que durante mi ausencia se atreviese, como tal vez se lo insinuaban sus perversos consejeros, á levantar descaradamente el estandarte de la rebelion. Por tanto, al llegar á mis estados los hallé perfectamente tranquilos, preparándose todo para mi matrimonio y coronacion; y se celebraron estas dos ceremonias con una pompa oriental junto á un lujo europeo. Supe por Atou, como he dicho, que durante mi ausencia el príncipe Talcar nada ha-

bia omitido para seducir y aficionarse el ejército; que los jesuitas, temiento sus proyectos ambiciosos, lo habian empleado todo para encallarlos; que reinaba entre ellos la mayor desunion, y que esta hubiera podido producir los mas tristes resultados, si mi regreso no los hubiera prevenido, reanimando el afecto de todas las clases de mis vasallos; y aun llegué á prometerme que sacaria partido de aquellas circunstancias, para asegurar el éxito de las medidas que meditaba para recobrar el poder.

Facílidas me habia aconsejado que me aprovechase de aquel acontecimiento, y del gozo que habia esparcido en los corazones de todos para desterrar terminantemente de mis estados á los sacerdotes

que formaban el consejo de rejencia; mas no conociendo todavía la estension de su poder, y temiendo por otra parte que la antigua superstición tuviera raices demasiado profundas y numerosos partidarios, no habia tenido tiempo de sondear sobre este punto la opinion pública, y tuve la flaqueza de querer contemporizar, tomando un partido que casi lo echó á perder todo.

Habia observado que al tiempo de mi coronacion y matrimonio el rejente habia permanecido sentado á mi derecha presidiendo estas ceremonias, cuya circunstancia me daba una idea de la dependencia en que contaba tenerme. Con esto manifestaba bastante á las claras su intencion, no solo de tener parte en el poder, sino tambien de conser-

varle esclusivamente, considerándome como un mero ajente ó ministro de su voluntad. Al punto resolví aclarar esta duda, y para ello, sin avisar al rejente, convoqué un consejo de estado, llamando á él á los padres jesuitas que componian el primero, y me presenté con toda pompa acompañado de mis guardias, cuyo mando habia dado á Atou. Iba á tomar mi puesto, cuando veo en el trono dos asientos, y que el rejente sentado á mi derecha me recibe con una leve inclinacion, haciéndome señal con la mano para que me sentara á su izquierda. Me paro en las gradas, y le digo: »Vuestra alteza se ha equivocado, pues no está en su lugar hasta que yo determine el puesto que deba ocupar en mi presencia.

colóquese V. A. en las gradas, asi como lo están esos relijiosos, á quienes tanto debe mi familia.'' Asombrado al oir estas inopinadas palabras, se llena de rubor, quiere responder, y no hace mas que balbucear; y al advertir que uno de los falsos sacerdotes que se hallaba cerca queria levantar la voz:—»¡Silencio! esclamé: el primero que despliegue los labios sin que yo se lo permita, quedará dede el mismo momento arrestado. Comandante, dirijiéndome á Atou, ayudad á su alteza á bajar del trono; ya es tiempo que sepa yo quien ha de mandar aqui.'' Viose precisado el rejente á retirarse; apartan su asiento, y subo yo á tomar el mio: y como aquel sacerdote falso repugnase todavía: —»Si resiste, que

le aparten por fuerza." Aterrado por esta órden, que ya se iba á ejecutar, se aparta lanzándome una mirada de amenaza. Entonces tomé la palabra: — »Me habeis enseñado, principe, á no partir con nadie la autoridad; yo seguiré, pues, fielmente vuestras lecciones. Debo, y quiero reinar solo: el poder para ser eficaz debe centralizarse, y aun no puedo comprender, cómo un pariente de mi madre ha tenido la osadía de concebir la idea de partir el mando conmigo. Los que proporcionaron á mi padre el imperio de Narea, no intentaron hacerle esperimentar semejante humillacion. ¿Como habeis podido creer que yo me sujetaría á ello? Proporcionándole una suerte digna de su nacimiento, y conservan-

dome su corona, no habeis hecho mas que vuestro deber, y perderiais todo el mérito de vuestra conducta si dieseis lugar á creer que no os ha guiado solo el reconocimiento, y que habeis trabajado en provecho vuestro. Desengañad á toda la Africa, que os acusa de que todo lo sacrificais á vuestra ambicion. No permitais que quede contra vos una nota tan ofensiva. Ceñíos á vuestras funciones; sed cual corresponde á vuestra ilustre sangre un ministro fiel, y un firme apoyo del trono que á mí solo me toca ocupar. Habeis oido mi voluntad, pues es irrevocable; asi os propongo que os conformeis de grado, sino quereis que os obligue por la fuerza. Permito á su alteza que responda y que hable, para hacer

oir la espresion de su respeto y de sumision."

El rejente, procurando encubrir su despecho bajo el velo de la moderacion, levantose, y tomó asi la palabra: —»Ya que V. M. me permite que hable, me tomaré la libertad de advertirle, que se conoce bien que en este instante se cree de consejeros pérfidos; y comprometen sin remedio vuestra corona, si piensa que puede reinar sin mí y sin estos ministros, y si olvida de que somos nosotros los mas firmes baluartes de su trono. Pruebas tiene suficientes de ello durante el curso de una larga minoridad. Si V. M. reina actualmente en Africa, y sino está reducido á una vida errante y obscura, sin duda se acordará á quién lo de-

be, y no nos reducirá á un estado de nulidad absoluta. No es la ambicion la que nos guia á hacer estas reclamaciones, sino la mas sincera adhesion á su persona. Y ¿por que ha de repugnar asociarnos á su gloria, y darnos parte en el gobierno de un estado que nosotros mismos hemos creado? ¿Que tiene que temer de los que no desean sino continuar unos servicios, de que V. M. ha esperimentado los mas felices efectos? ¿Acaso faltan ejemplos de que se hayan reunido el altar y el trono para gobernar á los pueblos? ¿Y no está probado que semejantes naciones han sido las mas poderosas? En la antigüedad, el Ejipto ofrece de esto un ejemplo, la Abisinia ha visto en otro tiempo á los sacerdotes al la-

do de sus soberanos. Reflexione en ello V. M., se lo conjuro por su propio bien; y me atrevo aun á esperar que no será en vano." — »He advertido ya á V. A., le respondí, que el interes de mi gloria ó el de mis pueblos, no ha sido el móvil de su conducta: si habeis procurado hacer prosperar mi imperio; si habeis estendido su comercio, acrecentando su opulencia, y hecho sus fuerzas mas formidables, no fue con intento de darme mayor poder, sino con designio de usurparle. No ignoro como lograsteis formar este nuevo consejo, y escluir á mis leales amigos; sé con qué ardides preparasteis la libertad de conciencia, y estoy enterado de las intenciones con que promovisteis mi viaje á Europa: hasta ahora solo habeis tra-

bajado para vosotros mismos, y aun aspirais al presente á gobernar bajo mi nombre; mas yo no necesito de ningun auxilio ajeno para reinar, y hacer feliz á mi pueblo. Quiero gobernar solo, porque solo tengo este derecho. ¿Quien os ha dado á vosotros el de creer que habiais de ser mis árbitros? ¿Pensar que puedo yo consentir que se establezca una particion de la autoridad que vos mismo no osasteis proponer cuando os nombraron rejente? ¿Particion que despues os usurpasteis, y que ahora intentais perpetuar? Ciertamente no lo sufriré, y solo reprimiendo todo menoscabo es como he de probar que soy digno de llevar mi corona. Someteos, y en lugar de armar mi severidad, mereced mi benevolencia.''

Alcar, disimulando su resentimiento, hizo una inclinacion de respeto; pero el sacerdote, no pudiendo contenerse, esclamó exaltado: — »Tomo por testigo á la nacion entera del insulto que se hace á los ministros de los dioses, que se quiere envilecer con la única mira de destruir la antigua relijion. Pero no es de hoy cuando yo sospecho....." Le interrumpí mandando á Atou que le llevase siendo responsable de su persona, lo que se ejecutó al momento, sin que nadie se atreviera á pronunciar una palabra ni la mas lijera muestra de descontento. Entonces proseguí yo levantando la voz: — »Asi se tratará á los sediciosos y á todos los que se atrevan revelarse contra mi autoridad. Prevengo á V. A., di-

rigiéndome al príncipe, que si uno solo de sus ministros se propasa en la cosa mas leve, en veinticuatro horas quedarán todos desterrados de mi reino. Disuelvo este consejo, y mañana daré á saber su nueva organizacion; nombro para ministro al padre Urbano, y le encargo desde ahora la administracion interior de mis estados. Id, príncipe, y dejad de creeros llamado para gobernar: limitaos á las funciones de vuestro ministerio: vosotros, sacerdotes, contribuid á la conservacion del órden y de la tranquilidad: mantened el afecto que me profesan mis pueblos; y con esta conducta merecereis mi aprecio y mi proteccion." Se levanta el consejo.

Bajé del trono, y me retiré en-

tre mis guardias, dando órden para que hicieran salir á todos. El golpe estaba ya dado, pero era menester asegurar las consecuencias; asi no perdí un momento, y desde el dia siguiente se nombraron todos los ministros, y se reorganizó el antiguo consejo de estado. Los sacerdotes parecian resignarse: el rejente tambien hacia sus cuentas en secreto, y yo habia tenido la condescendencia de hacer poner en libertad al ministro preso, y todo iba á medida de mis deseos. Ya solo me quedaba que reemplazar á Talcar, y dirijiéndome al emperador Facílidas, le hice sabedor de cuanto habia pasado, y para el efecto de separarle de mis ejércitos, le pedí un príncipe de su casa. Facílidas en su respuesta me exhor-

tó á que desconfiase del resentimiento de los sacerdotes; bien pronto tuve motivo de convencerme de cuán prudente era esta advertencia, y de que conocia mejor á los hombres con quienes habia de tratar.

El príncipe Talcar, habiendo hecho su dejacion, solo parecia ocuparse en los preparativos de la partida, cuando me avisó Atou que en el ejército se advertia un descontento jeneral; que en seis meses no habian recibido paga, y que habian logrado persuadirle que iba yo incesantemente á reducir su sueldo. El padre Urbano, que correspondia perfectamente á mi confianza, vino á anunciarme al mismo tiempo que por todas las clases de mis vasallos se manifestaban vivas inquietudes, y que estas tomaban

su oríjen en el rumor ó especie que habian esparcido, de que á pesar de la paz iban á doblarse los impuestos.

No atinaba de pronto á quien atribuir aquellas maniobras, y hubiese acusado de ellas á los sacerdotes, á no cerciorarme los mismos á quienes habia encargado el observarlos, de que estaban enteramente sosegados. Tambien las pagas estaban aseguradas al ejército para algun tiempo, y no habiendo entrado en mi cálculo ni su reduccion ni el aumento de contribuciones, debia temer alguna conspiracion, y no se podia perder un momento para evitarla. Era urjente destruir aquellos rumores calumniosos, y acudiendo de donde derivaban castigar á sus autores.

Era ya tarde: convoqué consejo para el dia siguiente; mas una hora antes en que habia de estar reunido vino á buscarme el padre Urbano: — »Vuestra Majestad, me dice con ademan asustado, no tiene mas recurso que huir, sino quiere morir víctima de una infame traicion. Se están publicando en este mismo instante dentro de su capital, y acaso por todo el reino falsos edictos, firmados por V. M. y por mí, que llevan el sello del estado y demas formalidades, en los cuales se manda doblar los impuestos. El pueblo está sublevado. ¿No ois sus gritos? Viene de tropel á palacio. Conjuro á V. M. que se disfrace, que huya, permitiéndome acompañarle, ya que tambien han jurado perderme."

Recelaba sobre el partido que debia tomar, cuando entró precipitadamente el valiente Atou á decirme que mis tropas estaban sobre las armas, y que el príncipe Talcar á su frente habia hecho publicar en mi nombre algunos reglamentos suplantados para disminuir las pagas, por lo que el ejército entero estaba revolucionado, y pedia mi cabeza proclamando su altivez á Talcar por mi sucesor; que por entre mil riesgos habia podido penetrar para venir á vencer ó morir á mi lado. —»El padre Urbano, le dije, me aconseja que huya: ¿cual es vuestro dictámen?"— »Escuso al padre Urbano, pero mi consejo es diverso. He reunido vuestra guardia, y ya os rodea en la hora presente; combatirá hasta el

último aliento, y estando á su frente, y guiado por V. M., yo prometo domar á los rebeldes, y confundirlos en el polvo." —»Reconozco á Atou, esclamé, en este noble consejo; era merecedor de ser el amigo de su rey, y asi vamos á vencer ó morir juntos."

Al mismo tiempo me notician que los sacerdotes estaban reunidos en el palacio de Alcar seguramente deliberando, pues salian emisarios para el pueblo y el ejército: no dudé entonces que estarian coligados con Talcar, ni de la suerte que me estaba reservada. Me armo apresuradamente, y hago tomar las armas á todos los que me rodean, subo á caballo, y acompañado del valiente Atou, me pongo con la espada en la mano al frente

de mis guardias, los cuales ordenados en batalla por los patios de palacio, defendidos por fuertes rejas, me reciben con las mas vivas aclamaciones. Gracias á Atou, no habian podido seducirlos ni engañarlos: por el contrario, informados de la conspiracion y riesgo que me amenaza, juran defenderme hasta la última gota de su sangre. Auméntase el ruido; se presenta el pueblo con grande alboroto; el denuedo y fiera presencia de mi guardia le impone; y parándose, parece como que reflexiona sobre lo que debe hacer. Tomo en seguida mi resolucion, y mando abrir las rejas, y me arrojo seguido de Atou y de algunos valientes. Asómbrase el pueblo; hago señal de silencio, y escucha: — »Narcos, es-

clamé con voz fuerte y animada, os engañan, os pierden. Escuchad al que quiere ser mas bien vuestro padre que vuestro soberano. Los edictos que acaban de publicarse hoy sobre el aumento de impuestos, y los reglamentos que se han leido al frente de mis ejércitos, son falsos y supuestos: yo no tengo ningun conocimiento de ellos, antes bien dimanan de alguna horrible conspiracion, cuyos autores me son conocidos. Yo no tengo necesidad ni de aumentar los impuestos, ni de reducir el sueldo; mis arcas están llenas; mis tesoros son inmensos, y todos se consagrarán al alivio y felicidad de mis pueblos. Juré en el dia de mi coronacion de haceros felices, y yo cumpliré mi promesa. Serán castigados los au-

tores de esta sedicion; he recobrado mi poder, y la venganza sopla el fuego de la discordia; pero cuento con mi pueblo. Retiraos, y dejad solos aqui á sus ajentes y cómplices, á fin de que los conozca, y que haga justicia con ellos."

Me responden con aclamaciones, y se dispersan. Algunos amotinados quieren alzar la voz y mover la muchedumbre; y mando que los quiten de delante, restableciendo el órden por todas partes sin derramar una gota de sangre. No distaba el palacio de Alcar: así envio un destacamento con órden de cercarle, y de que en seguida trajeran á mi presencia al príncipe por una comunicacion subterránea, y tambien á los sacerdotes que se hallasen reunidos. Apenas me ha-

bia dejado el destacamento, cuando se oye el ruido de los tambores y trompetas, acompañado de voces tumultuosas, y me anuncian la llegada del ejército. Iba desfilando por todas las avenidas, comandado por el príncipe Talcar, y se forma en batalla en una inmensa plaza en frente de palacio. No eran ya aquellos guerreros sumisos y dóciles, en que tantas veces habia yo admirado el órden y la disciplina; era una tropa de revolucionarios que seguian á su jefe, y marchaban al pillaje. Quedaron sobrecojidos al verme con ademan amenazador y al frente de mi guardia, cuando me creian solo ocupado en esconderme; y asombrados de verla sostenida por una formidable artillería, se detiene como para consultar.

Lleno de confianza, y cediendo á la indignacion y á la impetuosidad de los que me guardaban, iba á atacarlos y vencerlos, cuando el príncipe Talcar me envia á decir que el deseo de conservar la sangre le hacia el preferir mi conservacion, y que se presentaria acompañado tan solo de su estado mayor. Mandé que le dejasen acercar, y cuando estuvo á cuatro pasos de mí: — »Vuestra resistencia, me dijo, es inútil; rendid las armas si quereis conservar la vida: os arresto por órden del rejente, del pueblo y del ejército. Rendid la espada."
— »Tenla, traidor:" le dije, clavándosela en el corazon. Cae en el suelo; su estado mayor quiere vengarle y defenderle, y en un instante quedan muertos ó prisioneros cuan-

tos le componian, y hallamos que Talcar llevaba las pruebas de la conspiracion.

Al instante me avisan la llegada del príncipe y de los sacerdotes, y los hago traer por medio de las filas. — »Ahí teneis vuestra obra, dije al príncipe, respondereis con vuestra cabeza de las consecuencias de esta jornada. Ya el pueblo está desengañado:" y añadí, mostrándole los cuerpos de Talcar y los de su comitiva, ese es el trato que yo guardo con los sediciosos." Aterrado se arroja á mis pies con los suyos, imploran mi clemencia y piden la vida. El ejército consternade al ver caer á Talcar, y descubrirlos en aquella situacion, se aumentó su espanto. Le hago presentar por medio de Atou las pruebas

de la conspiracion, y esparce por todos los corazones la justa indignacion que le anima; los facciosos pagados se escurren fuera de las filas para evadirse; ya no son voces tumultuosas las que se oyen, si no juramento de vivir y morir en mi servicio; y á mi órden se retiran con el mayor silencio.

Convoco consejo para el dia siguiente; hago presentar al rejente y á los principales ministros; les reproduzco las pruebas de la conspiracion y de su connivencia con Talcar, y que eran obra suya los falsos edictos y ordenanzas con que habian sublevado el pueblo y el ejército. Mando la impresion y promulgacion de aquellos instrumentos, y pronuncio el destierro fuera de mis estados, dentro de veinti-

cuatro horas, de todos los sacerdotes y á sus adictos. Alcar exasperado se levanta, y quiere pronunciar alguna palabra, y le hago callar, diciéndole: — »Agradeced mi clemencia, y no me pongais en la precision de castigaros con la severidad que mereceis.'' Me retiraba acompañado de Atou, y al pasar por delante del príncipe, levanta el brazo para darme con un puñal que llevaba escondido; Atou ve venir el golpe, y se le arroja, le recibe, y cae espirando á mis pies. Al mismo tiempo hiere otro al padre Urbano, y en un abrir y cerrar de ojos son inmolados los dos asesinos sobre sus víctimas, y no sin grande dificultad logré impedir la mortandad jeneral de todos aquellos impíos sacerdotes, y

hacerlos poner en salvo.

Asi terminó aquella terrible conspiracion, en que yo hubiera sucumbido, sino me hubiese conducido con tanta prudencia como enerjía, costándome el vasallo mas adicto y mas leal, y el ministro mas hábil, íntegro y afecto. Cubrí el cuerpo del valiente Atou con las lágrimas de la amistad, y que aun no he cesado de derramar á su memoria. Los sacerdotes fueron sacados de mis estados con una buena escolta, prohibiéndoles entrar con pena de la vida; y al punto hice publicar la esclusion de la relijion idólatra.

Corrí despues mis provincias para asegurarme del afecto de mis vasallos, formando por todas partes establecimientos útiles, y re-

gresé á mi capital colmado de bendiciones y de aplausos; mas vi con pesar que las pérfidas sujestiones de Alcar y de sus ministros, sino habian logrado entibiar el amor que los pueblos me profesaban, consiguieron el esparcir entre ellos preocupaciones funestas contra mis maestros: vacilé largo tiempo acerca del partido que debia tomar, á fin de evitar nuevas turbulencias, quitando á los revoltosos todo pretesto de sedicion; y por último, con dolor creí indispensable alejar á mis protectores. Llamoles pues, y dirijiéndome al superior el padre Vivanco: — »Padre, le dije, desde que empecé á tener uso de razon, comencé á ver en vosotros mis amigos, mis maestros y mis apoyos: siempre cons-

tantes en vuestra adhesion al linaje del malogrado D. Sebastian, preparasteis un trono á mis abuelos, y me lo habeis conservado entre mil riesgos, y vuestros consejos y vuestra fidelidad eran mi principal esperanza para hacer venturosos á mis vasallos. Por desgracia en el viaje que acabo de terminar para conocerlos, y para enterarme de sus deseos y de sus necesidades, he advertido en su ánimo el efecto de las sujestiones malvadas de vuestros enemigos y mios, y he tenido fundadas razones para persuadirme que amenazan aun nuevas revoluciones, sino quitamos á los sediciosos todo pretesto para alucinar á los pueblos. Vosotros, ministros de paz, y tan amantes de ella; vosotros, tan celosos de la santa reli-

jion cristiana, cuya existencia es á los ojos de los perversos en estos paises vuestro principal delito, y que se ve amenazada de terribles embates, atribuyéndoos falsas intenciones; vosotros, en fin, que tanto habeis hecho por mi familia y por mí...., ¿pudieseis aun hacer á objetos tan sagrados otro sacrificio? ¡Con que dulce gratitud recordaria yo siempre vuestras virtudes y vuestra jenerosidad! ¡con que sentimiento de inalterable amor pronunciaria vuestro nombre! y ¡con que placer, confesándome deudor á vuestras lecciones y á vuestro sacrificio, de mi gloria, y de la tranquilidad y el afecto de los Nareos, ansiára por el feliz momento, como espero, que os volviese á mis brazos! Entonces....." —

»Perdonad, dijo el padre Vivanco, perdonad, señor, si os interrumpo; os entiendo, y creo deber ahorraros la pena que os causa esplicaros. Presumís que es indispensable que abandonemos este reino que ganamos, que convertimos para Dios y para vuestra familia; debeis sin duda haber meditado profundamente semejante resolucion, y yo conozco demasiado á los ministros del señor que teneis presente, para vacilar en daros respuesta en nombre de ellos. Sí, dejarémos á Narea; ningun otro interes mas que el de la relijion y el vuestro nos llamó á estos paises, y nos detenia en ellos; y si vos os creeis obligado á negarnos un asilo, no nos faltará patria ni augusto ministerio, en tanto que ha-

ya pueblos donde tremole la insignia sacrosanta del cristianismo. Sed feliz; este es nuestro voto; y ¡plegue al cielo que algun dia no os arrepintais de haber apartado de vos á vuestros mas fieles amigos!"

Diciendo asi, me saludó respetuosamente; retirose con sus hermanos, y yo no pude dejar de dar lágrimas á la despedida de aquellos varones á quien debia tan imponderables beneficios. Poco despues partieron, y se dirijieron á Europa.

Transcurrieron aun seis años, en los cuales llevé mis estados al mas alto grado de esplendor: Facílidas acababa de morir, y le habia sucedido su hijo Hannes, príncipe inepto, que no tenia mas mérito á mis ojos que ser hermano de mi

esposa: los Gallas y los Sangallas reunidos habian hecho una nueva irrupcion en mis estados, y yo no solo los habia rechazado, sino que los precisé a pedir la paz, y á restituirme las provincias que habian invadido anteriormente; y si en lugar de ser rey de los Nareos, le hubiera sido de los Agous, indefectiblemente hubiese conquistado la mayor parte del Africa.

Mi padre habia dejado inmensos tesoros, los cuales habian tomado un aumento considerable durante mi minoridad, acrecentándolos despues en una décima parte el producto de las minas de oro que habia hecho beneficiar; cuya ventajosa circunstancia me habia hecho acaso el mas rico de todos los soberanos del mundo. Estos cauda-

les inagotables me daban la facultad de reducir los impuestos, de aumentar el sueldo de las tropas, y de asegurar pensiones á aquellos guerreros que se habian señalado en mi servicio, y á las familias de los que quedaban en el campo del honor; de abrir caminos por todas partes, y canales de navegacion; de embellecer la capital; de levantar palacios suntuosos y edificios magníficos, destinados á los establecimientos públicos de mayor utilidad.

Habia llegado á la edad de veintiun años; la reina en los seis primeros años de matrimonio me habia dado un hijo y una hija, y aunque de resultas de la indiferencia con que la miraba, me hubiese dejado cautivar de algunas mujeres

de mi córte, habia vivido con bastante buena armonía con ella hasta que intentó, por un celo mal entendido, inmiscuirse en los negocios de estado. Esta pretension precisamente me debia desagradar, estando muy distante de dejarme gobernar por una mujer, sobre todo cuando era instrumento ciego de los que querian destruirme, y mantenia una correspondencia criminal con los que conspiraban á derribarme del trono. Despues de haberla tratado con la severidad que merecia, la relegué á su cuarto.

Desde aquel momento di un libre vuelo á mi pasion dominante, y no guardando ningun miramiento, llegué hasta componerme una especie de serrallo de todas las mujeres, que una vez inducidas, se

habian visto precisadas á rendirse á mis deseos. No pretendo aqui ni escusarme, ni ofrecerme por ejemplo, ni veo que se haya decidido hasta qué punto son útiles ó dañosas las pasiones, ni en fin cuáles son los límites precisos que las leyes deben prescribirles. Lejos de vituperar los principios de una sana moral, declaro que respeto todas las opiniones, con tal que tomen su oríjen en la conciencia de los que las profesan. Pero como hijo de la naturaleza, la cual para evitar la saciedad nos ha hecho una ley de la inconstancia, desdeñaba en mis relaciones con este sexo hechicero los usos sociales, que nos reducen á tenerle una fria indiferencia, y no podia resolverme á componer mi ramillete de una sola

flor, cuando meciéndose voluptuosamente en sus tallos, se inclinaban muchas con afan á la mano que se preparaba á cojerlas. Hago estas reflexiones para justificar lo que voy á referir.

Entre las mujeres de su córte tenia la reina una parienta jóven de edad de dieziseis años, llamada Beledza, que hacia su principal adorno. No puedo espresar el enajenamiento que me hizo sentir su primera vista, sin saber aun que sus atractivos nacientes eran la menor de sus ventajas. ¡Oh vosotros los que habeis amado, y arrastrados por la pasion mas impetuosa, á ella, como yo mismo, lo habeis sacrificado todo, recojed vuestros pinceles, reunid las facciones encantadoras de las que mas os han

cautivado, y acaso lograreis un débil bosquejo de la seductora Beledza! Su majestuoso donaire, su tierna sensibilidad, juntas á un interesante candor, realzaban sus gracias y atractivos. Verdadero Proteo, sacaba de estas ventajas la inconcebible facultad de mostrarse siempre nueva, y de reproducirse bajo diversas formas. ¡Mujer hechicera! ¡poseyéndote, he poseido todo tu sexo!

Sin advertirlo ella misma, segun iba creciendo adquiria á mis ojos nuevas gracias; y aunque calculaba con impaciencia el momento de mi dicha, en la seguridad de ser amado refrenaba mi pasion, y retardaba el instante del deleite, para hacerle mas fuerte, á que la naturaleza terminase su modelo de

perfeccion, y que estimulada por el poderoso atractivo del placer, viniese esta mujer adorable á ponerse ella misma en las manos de su vencedor..... ¡Cálculos falaces! El irresistible ascendiente que la naturaleza me habia concedido, mi maña y esperiencia vinieron á encallarse en la inocente candidez de una niña.

¡Cuantas veces inclinada en mi hombro, y tapándola con las ondeantes trenzas de su cabellera rubia, he creido en sus amables desahogos sorprender el secreto de su corazon, y percibir la señal precursora de mi victoria! Yo me decia: — »Bien pronto no conocerá su situacion, mas que para no poder negarse; y entonces para aturdirse ella misma tendrá que buscar

aquellas alteraciones voluptuosas que pronto adormecen una conciencia tímida; y acaso despues de combatidas sus preocupaciones, habré de moderar en ella el esceso del abandono y del gusto á los deleites que antes habia repelido. Guardémonos, me decia, de dejarle traslucir el plan, de armar la razon contra el placer, y sobre todo el amor propio, aquel móvil poderoso que dirije tantas mujeres contra las inclinaciones de su corazon, y las necesidades de sus sentidos.... ¿Se me escaparia? Estudiemos la naturaleza, que solo ella ofrece los medios de vencer los obstáculos con que ha cercado sus contentos, para hacerlos mas preciosos. ¡Oh vosotros, los que pretendeis reducir el amor á sistema, y hacer un arte

del placer de amar! aprended que lo que asegura el éxito en la una, á menudo perjudica con la otra, y venid á ver una niña de dieziseis años burlarse de mis proyectos, y forzarme con su destreza á rendirme enteramente á sus miras."

Ya me habia señalado en mi imajinacion el dia y aun el instante en que debia caer. Dueño de las ocasiones, confiado en su inesperiencia, en el imperio que tenia sobre ella, y en la inclinacion irresistible que le arrastraba hácia el placer, me creia seguro de la victoria. Lisonjeábame, Beledza, de ser maestro de amor, y tú me has probado que era bisoño, y que tú sabias mucho mas.

Habia escojido el cumpleaños de mi exaltacion al trono para la épo-

ca en que debia llegar mi amor al colmo de su dicha, ciñendo mi frente con una doble corona. Durante el dia todo habia sido diversiones y fiestas brillantes, y por la noche las iluminaciones espléndidas é injeniosas en los jardines de palacio, innumerables orquestas, bailes animados, mesas servidas con delicadeza, todo en fin contribuia á llenar los sentidos de la embriaguez del deleite. Beledza, eclipsando á todas las otras mujeres, aun las mas hermosas, era el único objeto que interesaba, al paso que todos dirijian sus atenciones á ella, teniéndose por muy afortunados cuando los recompensaba con alguna mirada ó sonrisa. Combatíame el temor de que viniese otro á recojer el fruto de mis

desvelos, á robarme su corazon. ¡Sexo encantador! muchas veces solo se necesita un instante para el logro, y todo el arte consiste en saber aprovecharle. El amor propio satisfecho añadia nuevas gracias á mi jóven amante. Y ¿á que mujer no hermosea aun mas este sentimiento? ¡Cuan graciosa y hechicera me parecia Beledza! ¡Si una de sus miradas hacia nacer el amor, la que sucedia anunciaba la mas dulce recompensa!

Entre la multitud que la rodeaba creí observar que únicamente ocupada en mí, solo parecia estar orgullosa de agradar á los otros para justificar mi eleccion, haciéndome homenaje de su triunfo. Hácia la media noche le hice una seña, y me interné sin que nadie lo

advirtiera por una alameda solitaria, poco iluminada, y que conducia á unos bosquecillos de que solo yo guardaba la llave. Siguiome, y nos juntamos. — »Beledza, le dije, estas diversiones me cansan y tienen á mi amor en zozobra; ven á compensar á tu amigo de las penas que ha sufrido esta noche; ven á los bosquecillos que tanto te gustan, y que he hecho formar para ti, y no receles que nadie se atreva á seguirnos con su vista temeraria. Mucho he padecido, Beledza, de los obsequios, aunque merecidos, que esclusivamente te han tributado.... Ven á sosegar mi corazon." — »Sí, con mucho gusto, me respondió, apoyándose en mi hombro con aire de familiaridad, yo tambien lo deseaba." ¡Ama-

ble candor! Me pareció que era la señal de su rendimiento, y era la mia la que me anunciaba.

Entramos en los bosquecillos: el sitio, la soledad, el momento, todo escitaba sensaciones voluptuosas; pero ni las espresiones mas enérjicas, ni las protestas mas seductivas pudieron contrarestar su firme resolucion. —»¡*Jamás*! ¡*jamás*!" esclamó á todo, y se apartaba de mí con entereza. Le ofrecí el sacrificio de todo su sexo.— »D. Francisco, me dijo, yo solo quiero vuestro corazon: ¿os hallais con ánimo para abandonar los estados, pueblo y familia, y para vivir feliz solo con Beledza? No de otra manera podré conservarle." En la efervecencia de mi pasion: —»Todo, le respondí, todo os lo

sacrifico." — »¿Cuando partiremos?" — »Dentro de ocho dias, y para ocultar nuestra fuga, nos embarcaremos en Melinda." — »Yo debo ir delante; parto mañana: dareis á entender que he muerto de un accidente repentino; Manna os ayudará, y despues se reunirá con nosotros; con esto se cree que mi pérdida, como que conocen lo que me amais, ha causado vuestra abdicacion." Jurele un amor eterno, y recibí por su parte el mismo juramento, y me dijo: — »Separémonos, gozad los preciosos momentos que os quedan de ser soberano, que yo me retiro por esta calle escusada para evitar toda sospecha." En el amor una mujer es capaz de todo. — »Adios, Beledza, dentro de ocho dias nos reu-

niremos en Melinda para ser dichosos; que Manna se vea conmigo.'' — »Adios, D. Francisco.'' Y desapareció. Entonces volvíme al bullicio: aun no se habia notado mi ausencia, porque me mostraba superior á la fastidiosa etiqueta que hace de un soberano el primer esclavo de la córte. Las diversiones estaban bastante animadas, las decoraciones, los transparentes, los fuegos artificiales, todo en aquellos jardines me reproducia mi elevacion, mi poder, mi gloria, y el afecto de mis vasallos. Gozaban por la última vez de aquel espectáculo lisonjero que ocho dias despues habia de dejar de existir para mí, sacrificando la suprema autoridad al favor de una mujer. ¡Oh vosotros, que dándolo todo á la am-

bicion, osais vituperar mi conducta, yo tendré en mi favor la clase mas numerosa de los hombres á quienes guia el deleite!

¿Era á mas tan precioso el sacrificio que iba yo á hacer? Habia sido soberano, y esto me bastaba, y mi amor propio quedaba satisfecho, y la inconstancia natural y mi gusto á la independencia pedian ya otra cosa. Lo habia desfrutado todo; estaba impaciente, y no era sensible sino á la penosa dependencia de los que ocupan un trono. Habia sido rey, y queria llegar á ser vasallo. Esta mudanza de condicion picaba mi curiosidad, deseando saber qué es lo que podria hacer por mí mismo. Nada faltaba á un hombre que podia acostartarse en el suelo ó en la primera

caverna, y que en caso necesario sabria hallar su alimento en los bosques. La independencia, aquella dichosa independencia, por la cual habia suspirado tanto, y que iba á partir con una mujer adorada, llenaba el vacío de todo, me compensaba de todo, y mi suerte parecia envidiable. Y si la seductora Beledza se cansaba luego de una vida obscura, echando menos una corona, ¿cuan lisonjero no me hubiese sido para mi amor propio despues de haberle sacrificado la mia, conquistarle otra, y desfrutarla con ella? ¿No estaba alli Portugal? ¿No podia apoderarme de él, y hacer célebre mi nombre? ¿Que gloria podia esperar adquirir reinando sobre los Nareos? Incapaces de emprender grandes cosas, ¿no ponian

límites á mi gloria? ¿No debia yo padecer viéndola asi limitada? Por el contrario, ¿no la veria entonces dilatarse siendo el fundador de un nuevo imperio que solo era debido á mi valor y á mi jenio? Y en falta de Portugal, ¿no se me presentaba el mundo entero? ¿No se me ofrecian reinos que fundar, naciones que civilizar, conquistas que emprender, y en una palabra, ocasiones de hacer resonar mi nombre, que hasta entonces estaba concentrado en la Etiopia, por todas las cuatro partes del mundo?

Ya mucho tiempo que estas reflexiones iban fermentando en mi cabeza, y con ellas halagado soñaba ser mucho mas dichoso. A mas, ¿que arriesgaba en arrojarme entre la multitud para despues in-

tentar abrirme de nuevo un lugar? ¿Acaso perecer en mi empresa? Tampoco temia la muerte. ¿Que es, pues, la vida, si esta se ha de pasar en una fatigosa uniformidad, que entorpece las potencias del alma? ¿Se vive por ventura cuando no se siente la existencia? ¿y se siente acaso la existencia cuando el alma no prueba ninguna conmocion? ¿Se pueden contar los años de la vida de otro modo que por las sensaciones? ¿No vive uno mas en un dia que otro en un año? A mas de esto, ¿no somos todos de una misma edad en el momento en que dejamos de existir? ¿Y que llega á ser lo pasado cuando ya no se puede hablar de lo venidero? ¡Ah! entonces el presente lo deja todo igual. ¡Vanos calculadores, que contais los

instantes de una vida enfadosa y de mera vejetacion; para saber cuanto he vivido en un cierto período de tiempo, yo no cuento mas que mis goces!

Manna vino á buscarme al amanecer, cuando Beledza ya habia partido. — »Mi sacrificio está hecho, me escribia, ya solo aguardo el vuestro.'' La estratajema en que quedamos convenidos fue conducida y ejecutada con la mayor felicidad. Manna se acostó en la cama de Beledza, y por la mañana se esparció la noticia de su enfermedad, dejando de existir aquella misma noche. Se le hicieron magníficos funerales; y mientras parecia ocupado en el sentimiento de aquella pérdida, iba preparando mi abdicacion. Solo admití en mi con-

fianza á Talcar, hermano de Atou, que me era afecto, y cuatro criados mas, sabiendo que podia contar en su fidelidad y secreto. Estendí la acta de abdicacion que establecia un consejo de rejencia hasta la mayoría de mi hijo, con esclusion de la reina, para precaver la vuelta de sus adictos. En ella recomendaba á mis hijos al emperador Hannes, mi cuñado, y ponia mi reino bajo su proteccion. Anunciaba mi partida para ya no volver; mostraba á mis vasallos, con quienes estaba verdaderamente unido, toda la pena que me causaba el dejarlos, y exhortándolos á la tranquilidad, y á que tuviesen la mayor confianza en el consejo; reclamaba en favor de mi hijo la misma adhesion y afecto de que me

habian dado tantas pruebas. Me llevé conmigo cuanto tenia relacion con mis derechos al reino de Portugal; hice empaquetar todas las pedrerías de la corona, entre las cuales conservaba la mayor de las que Zora habia sacado del serrallo, siendo algunas de ellas de un valor inmenso. Dejé las arcas reales llenas de oro, las rentas en el mejor estado, y el reino en la situacion mas floreciente.

A los siete dias que habia partido Beledza convoco consejo de estado para el dia siguiente, y encargando á sugeto de confianza el pliego que contenia mi abdicacion, junto con otros papeles interesantes, el dia octavo por la mañana dejé mi palacio. Salí de mi capital disfrazado, acompañándome los

que habia escojido, y sin dar el menor suspiro me aparté de un trono que sacrificaba al amor. Llegué á Melinda sin ser conocido de nadie, en donde fui volando á los brazos de la hechicera Beledza. Alli me aguardaba la mas dulce recompensa; alli fiel á sus promesas me compensó de cuanto por ella habia abandonado, y alli por fin fue donde el amor me coronó de sus mas dulces favores. ¡Ah! temeria profanarlos, si intentase pintar la embriaguez y enajenamiento en que me anegaron, siendo mas maravilloso el que haya podido sobrevivir. El barco estaba ya aguardando, y asi nos pusimos á la vela. Al separarme de aquella tierra di la última mirada á la cumbre de las altas montañas que cubria mi capi-

tal; y el rey de Narea, dirijiendo al cielo votos por la prosperidad y dicha de su pueblo, se hallaba reducido á la condicion de un simple particular. Entramos en el mar Rojo, y despues de una corta y feliz navegacion desembarcamos en Suez, y despues de alguna detencion nos pasamos al Cairo. Alli fue donde comencé á gozar de mi nueva situacion, y en donde pasé dos años que me parecieron un sueño. ¡El tiempo de la dicha se pasa con tanta rapidez! ¡Ay! ¡él debia terminar bien presto!

Beledza me habia hecho padre de una hermosa niña, que era un perfecto retrato suyo, y poseyendo unos inmensos caudales, gozábamos de todas las delicias de la vida. Yo pasaba por un príncipe

árabe, y Beledza por mi esposa, y en efecto hubiera querido desposarme con ella segun el rito griego, que al parecer habíamos adoptado; pero ella lo rehusó constantemente, oponiéndome el vínculo que tenia yo contraido con la reina. ¡El corazon de una mujer es verdaderamente indefinible! —»Un hombre como vos, me dijo ella, no puede ocultarse por mucho tiempo á los que le miran, y se os echará en cara un dia el haber faltado á vuestras palabras. Considerándome vuestra, no pido otro título que el de amante, y solo deseo no perderle.''

Habia comprado un magnífico palacio contiguo al de la moneda, el cual, asi como el tren de mi casa, llamaba la atencion de todos.

Un Bey llamado Bactar, cuyas funciones eran atender á la seguridad de las caravanas que todos los años llegaban de la Abisinia por millones de oro en polvo, teniendo con este motivo ocasion de venir con mucha frecuencia á la casa de la moneda, supo luego que mi palacio encerraba una mujer cual no se hallaba otra en todos los harenes de la Asia. Beledza disfrutaba de toda la libertad de las mujeres griegas: recorríamos los paseos, asistíamos á las fiestas, y por todas partes escitaba la admiracion. Bactar la buscó, la vió, y quedó ciegamente enamorado. Apuró infructuosamente todos los medios de agradarla, pero constantemente fue rechazado. No tardó en saber que yo no era un príncipe árabe, y

que eran desconocidos los recursos de mi opulencia, y asi me denunció al Bajá como un aventurero, un hombre peligroso, y que tenia proyectos contrarios al gobierno. Me avisaron que iban á prenderme, pero yo conocia al Bajá, en cuyas manos estaba mi vida, y no ignoraba cómo habia de tratarle. Fui á palacio, pregunté si podia verle, indicando que tenia una cosa importante que revelarle, y lo logré á fuerza de oro. Admetido en su presencia, comencé por poner á sus pies un brillante ceñidor enriquecido con esmeraldas y zafiros. —»Yo no soy, le dije, un aventurero ni un hombre peligroso; rindo á vuestros pies este lijero tributo de mi reconocimiento por la proteccion que vais á concederme. Os

suplico que en la primera caravana que parta para la Abisinia remitais este pliego, dirijido á su emperador, por el cual le encargo que os envie todos los años por el valor de mil cequíes de oro en polvo, que os ruego acepteis para vuestro uso privado. ¡Que importa lo que soy yo si mi conducta es irreprensible! Haced que me celen mientras os convenceis por la remesa y contestacion del emperador que no soy un impostor, ni que hallareis otro que os sirva ni corresponda con mas fidelidad. Os pido justicia contra el Bey, el cual solo me acusa porque no ha podido robarme una mujer que es mi dicha."

El Bajá, cuyo mirar severo se habia templado á la vista del ceñidor, se sonrió al recibir la se-

guridad de un tributo anual, y desde aquel instante fui para él el hombre de mayor importancia. Con esto me despachó, asegurándome que me dispensaria su poderosa proteccion, y que el Bey no tardaria en recibir el castigo que merecia un calumniador. En efecto, cayó en su desgracia, y fue privado de su puesto, y cuando me lisonjeaba que asi yo como Beledza nos habíamos libertado de sus persecuciones, advertí que el sentimiento de un amor malogrado le habia hecho mi mortal enemigo. Hizo muchas tentativas para hacerme asesinar, y otras igualmente infructuosas para robarme á Beledza; y el Bajá irritado le hizo buscar para quitarle la cabeza, que el Bey solo pudo preservar huyen-

do con prontitud. Pero me dejó rodeado de satélites, á los cuales habia prometido una grande recompensa si lograban hacerme morir y apoderarse de Beledza; y despues de haberse evadido de sus lazos y tramas por algun tiempo esta interesante y desventurada mujer, murió envenenada en una funcion al tomar un sorbete que me habian preparado.

No es posible pintar con palabras mi dolor en aquella ocasion: quedé inconsolable. Hice erijir para Beledza en las cercanías del Cairo un magnífico sepulcro, en el cual deposité sus restos inanimados entre cuatro pirámides de granito. Cubrí el espacio intermedio de arbustos olososos, y en el centro hice colocar unos rosales, á fin de

que la naturaleza en todas las primaveras ofreciese en las rosas que producirian, la flor de que Beledza habia sido una hechicera imájen. Todos los años con muchos gastos cojía un precioso renuevo, y en aquella emanacion de la que habia amado tanto, creia hallar su frescura, su colorido, y aun me parecia respirar el aliento embalsamado que perfumaba el aire.

Llegué á descubrir y hacer prender á los que habian preparado la fatal bebida, y por ellos se supo el retiro de mi cruel enemigo. Vendo mi palacio y cuanto tenia en el Cairo, doy órden á mis jentes de que vayan con mi hija á aguardarme en Alejandría, y me interno con Talcar por el alto Ejipto. Llego por fin adonde estaba el in-

fame Bactar en Jiené, enfrente de Dendara; acecho el momento en que salia al campo, le acometo, y despues de un combate porfiado, vengo en su sangre la muerte de la desventurada Beledza. En nada se aprecia la vida cuando se ha perdido la felicidad. Mi brazo armado ya con el acero iba á reunirme con aquella por quien únicamente queria vivir; pero tenia una hija, vivo retrato de su atractiva madre, y asi me resigné á vivir para ella; y ¿acaso podia dejar abandonada y huérfana á la hija de la que tanto habia amado?

Acordéme entonces de aquellos piadosos solitarios, de aquellos religiosos coptos, los cuales me habian acojido en mi primer viaje. Envio á Talcar adonde estaba mi

hija en Alejandría, y le comunico que voy á sepultar mi desesperacion en los desiertos; que ya no volverá á verme hasta que pueda hallar en la soledad algun alivio á mis penas; que en el caso contrario me consagraría alli á una vida contemplativa, y que entonces rerecibiria mi aviso, autorizándole para que dispusiera de mis bienes casándose con mi hija.

Atravesé una parte del desierto, y habiendo llegado al pie de las paredes del monasterio de S. Antonio, me anuncio como un antiguo conocido de la casa, que venia á traer al superior noticias del padre Urbano. Bajan una máquina, me coloco en ella, y me suben hasta una abertura á treinta pies del suelo, que daba entrada á aquel

retiro inaccesible á todo ataque de los árabes Beduinos. Voy volando á los brazos de aquel respetable relijioso que mostró reconocerme, y á quien cuento mis infortunios derramando en su seno las lágrimas del dolor; y él tomando parte lleno de humanidad las hacia menos amargas, y derramaba en mi corazon el bálsamo del consuelo. »Vivid, hijo mio, me dijo, vivid, que otros nuevos gustos os aguardan mucho mas puros que los que hasta aqui os han cautivado, y de que nada os podrá privar. Entregaos al estudio de las ciencias, que ellas solas podrán distraeros, y llenar el vacío de cuanto habeis perdido.''

Con esto me fui aficionando á aquel buen relijioso, y no me ar-

repentí despues, porque con la induljencia y cariño de un padre, y la adhesion y bondad de un amimo, logró ir cicatrizando poco á poco las llagas de mi corazon. Bien pronto su confianza para conmigo no conoció límites; le bastaba saber que yo hubiese menospreciado una corona para ser grande á sus ojos, perdonándome el motivo que me habia arrancado semejante sacrificio. Parecia estar persuadido que aun sin impelerme á ello ninguna otra pasion, el menosprecio solo de las vanidades humanas me hubiese hecho desdeñar tarde ó temprano mi corona; y olvidaba que era la desesperacion la que me habia inducido á venir á participar de su retiro. Pero un hombre tan versado como él en el

estudio del corazon humano, no podia engañarse de esta manera en el verdadero estado del mio, y la esperanza que concibió de que fuese cobrando amor á su retiro, y llegára un dia á ser uno de los suyos, le hacia suponer en mí virtudes que no tenia, para empeñarme á que las adquiriera.

Sea lo que fuese de esto, despues de largas y penosas pruebas, fui iniciado por él en aquella órden misteriosa, antigua y célebre, de la cual era el digno regulador, y cuyo oríjen se pierde en la obscuridad de los tiempos, que tantas veces y por tantos siglos ha visto renovarse la superficie del globo; sociedad tan respetada por los que la conocen, como tratada con lijereza por los demas; de la cual

un corto número de individuos ha merecido conocer su verdadero instituto; sociedad en fin, que seria el objeto de la veneracion de todos, si pudiera descubrirse sin quebrantar sus leyes, y la cual verá acabar el mundo, si los que la componen continuan en poner la mayor escrupulosidad en la eleccion de los individuos que quieran admitir. Tal vez esta órden interesante, al modo de las demas instituciones humanas, tendrá un dia que sufrir por causa de los cismas y de la relajacion, que querrán introducir algunos novadores sacrílegos, y aun sin su influjo, siempre que se aparte de los principios y prácticas que profesó en su orijen, y que se han conservado en su pureza primitiva en el suelo ejip-

cio, no solamente se alejará del fin precioso que se han propuesto sus instituidores, sino que acabará por perderse del todo.

Estaba en el mismo teatro en donde la órden habia gozado de la mayor celebridad, y fue tal mi celo y perseverancia, que me hallaron digno de participar de los secretos mas importantes y mas preciosos. Se me revelaron todos los misterios de la antigüedad; me descorrieron enteramente el velo de la iniciacion ejipcia, y hallé en medio de las ruinas que cubren aquella interesante comarca, cuanto habian poseido los sacerdotes de Memfis, cuando el Ejipto hacia aun el asombro y la admiracion del mundo. Supe por quién y con qué mira se construyeron aquellas fa-

mosas pirámides, sobre las cuales tantos sábios han apurado sus conjeturas; de las cuales solamente se ha abierto y violado la parte mas endeble, y las otras que contienen el objeto atractivo de las mas porfiadas indagaciones, no serán conocidas hasta que la mano del tiempo, mucho mas poderosa que las de los hombres, habrá reducido á polvo hasta la menor piedra; y esta piedra será acaso la que contendrá el objeto precioso que se han propuesto conservar levantando aquellas moles indestructibles. Me instruyeron en la ciencia, tan en vano buscada, de los jeroglíficos, sin la cual, aun cuando se lograse reducir á polvo aquellas pirámides, no se podria alcanzar la llave de los misterios que encierran; cien-

cia, que pintando el pensamiento con figuras, permite al que la posee recojer los estractos de las obras que hacian parte de la famosa biblioteca de Alejandría, y que fueron destruidas con ella. Básteme decir que bajo el santuario del antiguo templo de Júpiter Amon, fue en donde se halló la antorcha tutelar que condujo á los iniciados á este precioso descubrimiento. En el desierto mismo que cerca el templo, existe en nuestros dias una antigua colonia ejipcia, que habla aun en su lengua primitiva, cuyos sacerdotes están estrechamente enlazados con los relijiosos coptos, que llaman hermanos suyos, y que participan de todos sus misterios. El dialecto sacerdotal, intermedio entre la lengua ejipcia y los jero-

glíficos, lejos de haberse perdido, se conserva con esmero por aquellos relijiosos.

El conocimiento de la piedra filosofal, cuya posibilidad ha sido mirada casi jeneralmente como una quimera, hizo parte de aquellos secretos importantes que me descubrieron, y conocí por la iniciacion hermética el arte de producir aquel funesto metal, objeto del deseo mas imperioso de los hombres, y la causa de casi todos sus delitos. Pero aquellos solitarios, divirtiéndose en crearle, desdeñaban su uso, y no veian en esta operacion mas que una esperiencia curiosa que debia confirmarlos en el menosprecio de las riquezas que tan fácil les era procurarse. Tambien me sujetaron al juramento solem-

ne que se exijía de todos los iniciados, los cuales como yo podian algun dia volver al mundo: *de no emplear jamás aquel secreto, sino en unas circunstancias apuradas, y para acudir á las necesidades mas urjentes de la vida*; y las inmensas riquezas de que era poseedor me le hacian menos necesario que á cualquier otro. Debo no obstante observar que la operacion empleada en Ejipto, como estaba calculada y establecida segun la naturaleza del suelo y del clima, grado del calor solar, fuerza vejetativa, y por el concurso de una multitud de otras causas locales, quedaba sin efecto en cualquiera otra parte, fuera del cielo ejipcio, recibiendo entonces otras modificaciones que era preciso conocer.

Un simple iniciado no recibia mas que el secreto de la operacion relativa á la rejion en donde se iniciaba, necesitando una autorizacion espresa, si se apartaba, para recibir otra nueva, adaptada al lugar adonde iba, y esta autorizacion era la recompensa de largas tareas, y de una adhesion á toda prueba; y sino la obtenia para proceder con fruto en la piedra filosofal, debia volver á operar en el mismo punto en donde habia sido admitido. Los jefes eran los solos que poseian la llave de las principales operaciones aplicables á todos los puntos del meridiano, para que de esta manera no se perdiese el secreto.

El arte de hacer oro halla en la mayor parte de los que le ignoran pertinaces incrédulos; pero si la

credulidad es la madre del error, la ignorancia es hija de la duda, y el scepticismo es sin contradiccion el obstáculo mas fatal á los progresos de las ciencias. Si una clase de hombres está dispuesta á adoptarlo todo sin exámen, otra clase mucho mas numerosa lo está para desechar hasta la evidencia misma, y el conocimiento de la verdad no le alcanzan sino aquellos que juntan á un juicio sano las luces de una larga esperiencia. ¡Cuantos descubrimientos, reconocidos hoy dia por muy útiles, han sido tratados en su oríjen de quiméricos! Es menester combatir constantemente con el hombre para serle útil, y casi siempre solo se consigue á su pesar.

Sin descubrir aqui el secreto que

se me ha confiado, es tal vez posible el probar su existencia. En la naturaleza se distingue el espíritu y la materia. La materia se compone de partes groseras, susceptibles de ponerse en accion, y el espíritu es el éter sutil destinado á obrar sobre la materia. Este éter es un vapor húmedo y caliente, que elevándose constantemente del centro á la circunferencia, hace sufrir á la materia diferentes modificaciones. Este vapor, pasando por capas sulfúreas, se impregna de las partículas que ha hecho desprender. Arrojado en seguida á lo alto por otros vapores semejantes, y encontrando una resistencia tenaz en las vastas cavidades que se hallan en las entrañas de la tierra, es rechazado de nuevo hácia aquellas

capas sulfúreas; y despues de muchas sublimaciones y precipitaciones, adquiere este poderoso éter el grado de perfeccion necesario para formar los metales, que no difieren unos de otros sino por su densidad y color; porque si se pudieran pasar todos por una operacion á adquirir el peso y el color del oro, ciertamente entonces se hallaria que son oro verdadero. Sin entrar aqui en las causas que produce la diferencia de peso y de color en los metales, basta observar que el color del oro propende en el grado de accion y homojeneidad de sus partes; homojeneidad que viene de que el éter creador ha sido totalmente absorvido en las partes que le componen. Para conseguir hacer oro es menester, pues,

primeramente lograr esta materia sulfúrea, que hace la base de su composicion, despues procurarse aquel éter poderoso, que identificándose con ella la lleve por la sublimacion, la precipitacion y la coccion al estado de homejeneidad, densidad y color que constituye este metal precioso, y esto se conseguirá en menos tiempo que la naturaleza, si la materia está preparada de prevencion y purificada, y si se ayuda y acelera la accion del éter con calor combinado y mas fuerte que el calor central. Pero la filosofía hermética, queriendo evitar á los adeptos un trabajo considerable, y operaciones largas y dispendiosas, ha logrado componer un polvo sutil, fusible y penetrante, con la facultad de dar el peso

y color, con el éter creador que contiene. En cuanto á la composicion de estos polvos, que es el grande *arcano*, se acaba de ver que este éter precioso se halla encerrado en cuanto existe en los tres reinos de la naturaleza. Es conocido bajo la denominacion de Mercurio de los filósofos, *Mercurius philosophicus*, que no se debe confundir con el mercurio fluido ordinario, consistiendo todo el secreto en saber estraerle. Despues se fija reuniéndole algunas partes homojéneas de la materia preparada, y con esto se logran unos polvos, de los cuales basta juntar una porcion muy lijera á una cantidad de metal grosero, puesto en fusion, para verle al punto convertirse en oro.

Si se dudára aun de la verdad

de este descubrimiento, preguntaria, ¿si acaso no hay ejemplos de haber como sorprendido los secretos de la naturaleza, logrando ejecutar con prontitud lo que ella ha producido muy lentamente? ¿Quien ignora que en muy pocas horas se compone con el mercurio y el azufre una materia llamada *cinabrio*, cuya formacion en las entrañas de la tierra es obra de siglos? Becher, el mayor de los químicos, ¿no ha hecho pública la operacion maravillosa de la estraccion del hierro oculto en la greda comun? Y si ha logrado imitar á la naturaleza en una de sus operaciones, ¿por que no se ha de conseguir imitarla en otra? ¿Acaso porque el resultado de esta última es infinitamente mas precioso? Pero

en su laboratorio todo es igual para la naturaleza; no es mas admirable en la formacion del cinabrio que lo es en la del oro, siendo el valor de este metal para nosotros de mera convencion. ¿No se sabe que los españoles empleados en estraer y refinar el oro en las minas del Perú, han logrado por medio de operaciones muy simples acelerar la madurez de este metal? ¿No se ha probado públicamente en Alemania que la química ofrece medios de hacer oro por medio de unas operaciones, que á la verdad cuestan infinitamente mas que el oro que producen? ¿Que tienen que ver con el resultado los mas ó menos gastos que acarree una operacion, que otros pueden lograrla por una via menos dispendiesa? ¿El

emperador Calígula no halló el medio de estraer el oro del oripimiente? ¿No asegura Suidas que el misterio de la piedra filosofal se hallaba depositado en los libros de los sacerdotes ejipcios que hizo quemar el emperador Diocleciano? Los monjes coptos, como me he convencido de ello durante mi mansion con ellos, han conservado muchos de aquellos libros, poseen todavía las tablas de Hérmes, en las cuales ha afirmado con razon el célebre Kiker, que se hallaba encerrado el arte de la trasmutacion. Finalmente, ¿no se ha probado que la alquimia tuvo su nacimiento en Ejipto, y que la piedra filosofal fue conocida de los hierofantes? Recórrase á Herodoto sobre los secretos maravillosos que poseian

aquellos sacerdotes; léase atentamente lo que dice de las iniciaciones ejipcias; consúltense las obras de los Jebers, de los Moines, de los Bacones, de los Ripleys, de los Lulios, de los Basilios valentinos; rejístrese el tratado del célebre Borriquio, y pronto se destruirá el pirronismo de los incrédulos. Raimundo Lulio, mas incrédulo todavía, se convenció de resultas de un esperimento que hizo en su presencia Arnaldo de Villanueva, médico de Langüedoc, el cual le inició de contado en la grande obra; y uno de los condescendientes de Arnaldo, el baron de Montpesat, iniciado por aquel, operó delante de Borriquio, que igualmente le instruyó en aquella operacion misteriosa. Entre los que la han co-

nocido se señala aun en nuestros dias á Joaquin Becher, médico del elector de Mayence, su amigo Roberto Boile y Jorje Ernesto Stal, médico del duque de Saxe-Veimar. La historia acredita que el desventurado jeneral Patcul, condenado á muerte por Carlos XII, rey de Suecia, para salvar la vida le hizo ofrecer que le entregaria el secreto de hacer oro, del cual hizo en efecto en la prision un esperimento satisfactorio delante de muchos senadores y del coronel Hamilton, y cuyo resultado, habiéndose llevado á la Zeca ó fábrica de la moneda, fue reconocido por oro finísimo. En esto el rey, que no era un hombre como otro cualquiera, rehusó el secreto, é hizo ejecutar la sentencia. Si fuera me-

nester, podria citar otras tantas personas que yo he conocido en mis viajes, y que como yo poseian este talento maravilloso; y me ha sucedido muchas veces ver al que le trataba de quimérico, colocado sin sospecharlo al lado de quien le poseia y se burlaba de los discursos de la incredulidad (1).

Pero me objetarán de que si existiese semejante secreto, ¿no seria tan conocido como el que sirve á componer el cinabrio? Sin embargo, reflexiónese que este último secreto no comprometia á nadie, y que el poseedor del otro ha debido mirar por su seguridad, no dejando traslucir que le poseia. En efecto, suponga el lector por un momento que conoce el arte de formar este hermoso metal, objeto

constante de la codicia de los hombres, los cuales para adquirirle han talado las cuatro partes del mundo, han trastornado las naciones, y derramado arroyos de sangre; el deseo de su conservacion, mas poderoso que cualquiera otro, le obligará indubitablemente á poner tanto esmero por ocultar este misterio importante, como se ha tomado para obtenerle. Continuamente temerá que se sospeche que le posee; temerá que le sorprendan, ó que le pongan en tormento para que le revele. Y aun cuando estuviera atado por la palabra que dió en la iniciacion, no se atreverá á procurarse mas oro que el que necesite para sus urjencias, sin dispertar las sospechas, porque su libertad y existencia dependerán de que se ig-

nore que le posee. Supóngasale tambien libre de estos temores, se guardará bien de perder esta ventaja, dando á este secreto una publicidad que le quitaria todo su valor, que nos privaria de un signo representativo, que con dificultad se hallaria otro que le supliese, por cuya falta se introduciria un desconcierto jeneral en nuestras relaciones mercantiles, en nuestros tratos y transacciones sociales, y se ve efectivamente que el no haberse divulgado este descubrimiento, no es una razon para porfiar en que no existe. Me instruyeron tambien en el arte de imitar las piedras preciosas en tal grado de perfeccion, que apenas se podian discernir de las verdaderas; en, fin aprendí otro secreto sumamente estimable, de

quitar de los amatistes, topacios, y sobre todo de las esmeraldas que abundan en Ejipto, las manchas que disminuyen muchas veces en las mas bellas la mayor parte de su valor; y esta operacion sola hubiera hecho inmensamente rico al que la poseyerá, y por lo mismo escitaria la envidia.

Habia pasado dos años en aquella soledad, y recobrado mi sosiego, cuando llegó á mi noticia que de resultas de una irrupcion imprevista los Gallas y Sangallas reunidos y alentados por mi ausencia, se habian hecho dueños absolutos de mis antiguos estados, y asesinado á mi mujer y á mis hijos. Aunque yo los hubiese desamparado, mi corazon se enterneció al pensar en su desgracia, que sin du-

da no les hubiera acaecido permaneciendo yo á su lado, y los Nareos no hubiesen sido subyugados; por el contrario, se hubieran arrepentido sus enemigos de esta temeridad, hallándome yo á su frente. El emperador de Abisinia los habia vengado incorporando la Narea á sus dominios; pero agravaba mi pena la memoria de mi estravío, que habia sido tan funesto á los mios. Los cariñosos cuidados de mis piadosos solitarios calmaban mi corazon, y las gustosas distracciones que me proporcionaban, estimulando vivamente mi curiosidad, me hacian olvidar, ó á lo menos hacian tolerables las pérdidas que habia sufrido. Llegaron algun tiempo á persuadirse, y con mucho fundamento, que permaneceria entre

ellos; mas cuando pensaba en mi hija, no podia resolverme á dejarla en un mundo en que tanto necesitaba de un protector. Talcar solia darme noticias de ella, con que se aumentaban mis sentimientos de padre, no teniendo ya otra cosa en el mundo. Me instaba últimamente con mucha enerjía á que fuera á juntarme con ellos en Alejandría, é inducido por mi corazon, mas que vencido de sus instancias, me decidí por último á abandonar mi soledad.

Llego á Alejandría cuando la peste iba haciendo un estrago terrible; entro en mi casa, y apenas habia estrechado en mis brazos á aquella interesante hija de mi corazon, cuando le acometió una espantosa enfermedad que me la ar-

rebató al tercero dia de su invasion. Me espuse á todo su furor, lo arrostré todo por socorrer y salvar á mi hija, y no pude sustraer aquella delicada flor de la guadaña sangrienta y esterminadora, y cayó por fin antes de desplegarse. Hubiera preferido morir al sentimiento de sobrevivir á lo que tenia de mas amado en el mundo. Quise huir de una comarca en donde habia recibido unas pérdidas tan crueles, y no me ocurrió otro medio de vencer mi desesperacion, que arrojándome en alguna temeraria empresa que la adormeciera por lo menos con algunos sucesos brillantes. Portugal me ofrecia recuerdos atractivos, y alli fue el teatro que escojí para hallar distraccion á mis pesares.

Desembarqué en Lisboa con todas mis riquezas bajo el nombre de D. Carvino. Quise avistarme con las personas que habia conocido en mi primer viaje, y parecian entonces mas dispuestas á mi favor; pero mis émulos se me habian adelantado, y su resentimiento me habia disfamado en Europa, haciéndome señalar por todas partes. No encontré un solo amigo, solo hallé repulsas ó delatores, hasta que me vi en la necesidad de huir precipitadamente, para evitar que me prendiesen, no esperando poder formar partido por dinero. Seguido de cerca, denunciado de todas partes, hubiera caido en manos de mis enemigos antes de poder organizar el partido, y asi decidime á refujiarme en España.

El tiempo que consigue borrarlo todo, acabó por mitigar las penas de mi corazon, y la ambicion entró de nuevo á recuperar su primer imperio, y en el mismo seno de España tuve la osadía de concebir el proyecto, y preparar los medios de volver á subir al trono de mis antepasados. Era bastante rico para en caso necesario sublevar todo un reino, y no se podia sospechar que intentase armar mi conspiracion en Madrid. Me precaví de mis émulos, derramé oro con profusion, me gané innumerables partidarios, y puse en movimiento todos los resortes de la intriga. Recorrí sucesivamente las principales ciudades de España; llevaba un tren brillante, y pasaba por un caballero portugues que

viajaba por gusto: hacia mucho gasto, dando magníficas funciones para distraer la atencion de mis verdaderos proyectos. Una existencia obscura me hubiese servido menos, y yo necesitaba entablar relacion directa con todas las clases de individuos que pudieran serme útiles. Durante este tiempo mis ajentes y partidarios iban alistando jente; siendo el punto de reunion en Badajoz y sus cercanías. Me habia asegurado del gobernador de Elvas que me entregaria aquel punto, y favoreceria mi entrada en Portugal. En esta frontera entraron en mi partido un crecido número de portugueses y españoles prontos á obedecer mis órdenes. Se acercaba el momento en que debia salir á mostrarme al frente

de un ejército, y todo me presajiaba un éxito favorable. Al traves de los desvelos incesantes que exijía tan arriesgada empresa, mi pasion á las mujeres se despertó con nueva fuerza, ocupando todos los instantes que robaba á la ambicion. Por do quiera iba siempre en busca de Beledza, ó mas bien de la que podia hacer que la olvidase; queria y esperaba hallarla en toda mujer interesante que se presentaba á mi vista; y mi mansion en Portugal y en España hizo época por un grande número de aventuras estraordinarias. Sobre todo durante mi mansion en Valencia (en donde hube de detenerme bastante tiempo, mientras hacia reclutar con buen éxito en las islas de Menorca y Mallorca, y aun

hasta Córcega y Cerdeña), fue en donde se multiplicaron aquellas aventuras amorosas, adquiriendo tanta fama, que me granjearon muchos y temibles enemigos. Me armaron lazos, y los evadí; quisieron asesinarme, y esterminé á los asesinos; me suscitaron lances de honor, y salí victorioso. En fin, llevaron la exasperacion á lo sumo, y no habiendo podido hacer que muriese, resolvieron quitarme del medio por la intriga y la denuncia. Habia tenido inconsideradamente algunas conversaciones lijeras y mordaces en tertulias, y á presencia de sujetos que creí me serian afectos y de confianza, y habiendo sido denunciado, me prendieron y sepultaron en un calabozo, cargándome de grillos. Por for-

tuna habia tenido tiempo de dictar á Talcar los medios de que debia valerse para salvarme. En efecto, habiéndolo logrado por medio de la reserva y del ardid, me hallé en libertad; pero escarmentado para hacer nuevas tentativas, nos pusimos á la vela para Lóndres, adonde llegamos despues de una feliz navegacion, viendo desvanecerse otra vez todas mis esperanzas en el instante mismo que todo me presajiaba que iban á realizarse felizmente.

Entiviada mi ambicion por este adverso acontecimiento, me dejé arrastrar de mi gusto á los deleites. Pasé muchos años en Inglaterra abandonado á la disipacion, y prosiguiendo la carrera de mis maravillosas aventuras. Los dotes y

asombrosos talentos que habia recibido de la naturaleza, me sacaron á salvo de un modo del todo estraordinario y nuevo. Me limitaré á contar aqui la prision que sufrí en Dublin como reo de robo, de rapto y de asesinato.

El estremado deseo que me acosaba fuertemente de reemplazar á Beledza, me inducia á poseer toda mujer que le tenia alguna semejanza en su índole ó en su presencia, empeñándome á veces en lances pesados, de que me arrepentia despues, cuando la posesion destruia bien pronto la ilusion que me habia fascinado, y al despertar de aquel hermoso sueño, me hallaba burlado por la fantasma, que me obstinaba en perseguir, y jamás podia alcanzar. Fatigado de

tan inútiles tentativas resolví abandonarlas, y hacerme ilustre por alguna empresa que inmortalizára mi nombre, cubriéndolo de una gloria indestructible. Resolví, pues, pasar á la América septentrional, y de probarlo todo para restablecer á los salvajes en la posesion de una patria que la Inglaterra acababa de arrancarles; y con el fin de civilizarlos, hacerme declarar su soberano, y contarme en la clase de los primeros monarcas del mundo. Necesitaba para auxiliarme y organizar aquel nuevo proyecto, de un crecido número de ajentes leales, y no podia esperar hallarlos sino entre los irlandeses, tan valientes como desventurados, á los cuales la Inglaterra les habia robado sus derechos y la libertad; y aunque

sufrian el yugo que les habia impuesto, se hallaban irritados contra el despotismo que ejercia, en términos de estar dispuestos á vengar aquel vilipendio y tiranía; aunque para ello fuese necesario derramar su sangre.

Estando para partir á Irlanda, quise ante todas cosas despedirme de una mujer, que habiendo cautivado y correspondido á mis deseos, la mantenia entonces esplendidamente el lord Ludlou, celoso, viejo y achacoso. Se hallaba en las cercanías de Lóndres, en una soberbia quinta propia de aquel caballero, el cual entonces se hallaba ausente. Me aprovecho de esta ausencia; una criada me introduce furtivamente á su ama; paso la noche con ella, y la dejo al dia si-

sufrian el yugo que les habia impuesto, se hallaban irritados contra el despotismo que ejercia, en términos de estar dispuestos á vengar aquel vilipendio y tiranía; aunque para ello fuese necesario derramar su sangre.

Estando para partir á Irlanda, quise ante todas cosas despedirme de una mujer, que habiendo cautivado y correspondido á mis deseos, la mantenia entonces esplendidamente el lord Ludlou, celoso, viejo y achacoso. Se hallaba en las cercanías de Lóndres, en una soberbia quinta propia de aquel caballero, el cual entonces se hallaba ausente. Me aprovecho de esta ausencia; una criada me introduce furtivamente á su ama; paso la noche con ella, y la dejo al dia si-

guiente muy de mañana, despues de haber cambiado con ella algunos dijes ó alhajas de valor, que debian servir para conservar los recuerdos agradables, y me alejo antes de amanecer, sin que la doncella misma advirtiese mi partida. Una hora despues desaparece la dama del lord sin saberse cómo, por qué, ni adónde habia ido. Se halla el rastro de la sangre en el pavimento de su dormitorio; por la mañana vuelve el caballero, y encuentra que le han robado todo lo mas precioso que tenia. Ponen presa á la criada, y confiesa que yo he pasado secretamente la noche en la quinta; que habia salido antes del dia y sin saberlo ella; que por el mismo tiempo habia oido un estruendo estraordinario en la

pieza de su ama, y que cuando entró ya no la habia encontrado, ni podido saber su paradero. De resultas me persiguen como ladron y asesino; mas por fortuna habia ocultado mi designio de pasar á Irlanda, y asi no me descubrieron hasta despues de mucho tiempo, y antes que me prendieran comprometí en mi favor á mas de cuatrocientos hombres que me eran adictos, capaces de emprenderlo todo, y los embarqué para la Nueva-York. Conducido á las cárceles de Dublin, todo deponia contra mí; hallaron en mi poder las alhajas de aquella mujer, y se creyó que la habia asesinado para robar á ella y al lord: se ignoraba quién era; porque mis papeles y caudales se habian quedado asegurados en Lón-

dres, y me guardé bien de darme á conocer, no dudando que lograria sustraerme de la suerte que se me reservaba. La obscuridad que cubria mi existencia contribuyó tambien á que pareciera reo; no obstante, los jueces vacilaban todavía, cuando otro triste accidente agravó mi situacion, convenciéndolos de mi crímen.

Entre mis numerosas conquistas contaba á la esposa del mayor Stavart, que despues de una larga recuesta y penas inauditas, habia llegado á seducir; de todas mis faltas es esta la que yo me he vituperado mas vivamente. Su virtud hubiera triunfado de todos mis esfuerzos, si solo hubiese empleado medios ordinarios; pero mi amor propio irritado empleó toda la des-

treza de que era capaz, y se rindió sin sospechar la intriga, hasta que lloró despues su ruina. Me ocupaba solo en consolarla y reconciliarla consigo misma, no maliciando en su casa ninguno de nuestro trato; pues jamás le habian visto, sepultándole bajo el velo mas impenetrable. Recibe la noticia inopinada de que iba á llegar su marido á Lóndres dentro de pocos dias, y se dispiertan sus remordimientos con nueva fuerza, siéndome imposible sosegarla. Queria declararlo todo á su marido, y me costó mucho de convencerla que este era el último partido en que debia pensar. Esperaba haberlo conseguido, y me marché secretamente á Dublin, viéndome precisado para disuadirla esta impru-

dencia, á darle la esperanza de que me veria á la vuelta de un viaje imprevisto que, segun le di á entender, ciertos asuntos urjentes me obligaban hacer á Filadelfia.

Al llegar á Irlanda supe que se habia escapado con su hija dos dias antes de la llegada del mayor, y que no se sabia de ella. Su padre el señor Convay, despues de inútiles indagaciones halló casualmente una de las cartas que yo le habia escrito durante nuestro trato, y le descubrió cuan culpable era. No dudando ya de que hubiese partido conmigo, logró con mucho trabajo rastrear el camino que habia tomado, y parte á Dublin con intencion de arrancarme su hija y restituirla á Lóndres, confiado de hallar algun espediente de paliar este des-

vío á los ojos del mayor, que despues de esto se habia pasado á Quebec. Al bajar del carruaje supo que el que habia deshonrado sus canas estaba preso y cargado de cadenas, y se le acusaba de robo y asesinato. Le aseguran de que su hija no estaba conmigo, ni parecia en Dublin, y no dudando de que fuese yo quien la habia asesinado, en su desesperacion desecha todo miramiento, y me persigue abiertamente por ambos crímenes, y muere de pesar invocando sobre mi cabeza todo el rigor de las leyes. A la verdad habia cometido grandes faltas, pero era inocente en los delitos que me imputaban; no obstante, mi vida estaba en peligro, y yo condenado á morir en un cadalso. Si hubiera querido hablar, hubie-

sen conocido si era verosimil que cometiese tan atroces maldades; pero ya no debia vacilar en huir, porque aun cuando me diera á conocer, nada me salvaria de la muerte ignominiosa que parecia haber merecido, no pudiendo probar mi inocencia sin comprometerme bajo otros respetos. ¿Y á los ojos de que otro podria yo justificarme no siendo conocido de nadie, no teniendo parientes, ni familia, ni dependiendo de nadie en el mundo? Si el éxito coronaba mi empresa, iban á conocerme ó hacerme justicia, y bien pronto á apreciarme, sabiendo por fin si el que habia ceñido y desdeñado una corona, y acababa de conquistar otra, podia haber sido capaz de los crímenes que le imputaban. Solo debia callar; y

¿quien hubiera sospechado jamás entonces que D. Francisco que habia reinado en Narea, y que al presente reinaba sobre toda la América, fuese aquel obscuro delincuente que habia estado cargado de cadenas en los calabozos de Dublin? Ya estaba señalada la época de mi evasion, ofreciéndoseme dos medios de ponerme en libertad. Podia hacer asaltar la cárcel, ó bien sobornar al carcelero, llevármele conmigo, y desaparecer sin estrépito. De estos dos caminos el primero hubiese causado un estruendo perjudicial á mis designios, y asi preferí el segundo. Partí por la noche con el alcaide para Cork, en donde nos embarcamos felizmente, y llegamos á Filadelfia. Alli se me reunió bien pronto Tal-

car, y hallé juntos á todos los que habia enviado anticipadamente, entusiasmados en estremo en participar de mi nueva fortuna.

Supe de alli á poco por una carta de Dublin, que habiéndose prendido por otros crímenes al que habia robado al lord Ludlou y asesinado á su dama, lo confesó todo justificándome plenamente. Supe tambien despues que la señora Stevart, habiendo llegado á Filadelfia, en donde esperaba hallarme, habia muerto de afliccion al verse en el desamparo mas absoluto. Como salia ella poco de casa, y yo evitaba cuanto podia detenerme en poblado, metido siempre en mis proyectos, y casi de continuo entre los salvajes, no es de admirar que jamás la hubiese encontrado, y

que ignorase todavía el haber estado tan cerca de ella. Lamento muy de veras á aquella mujer tan desgraciada como interesante, que no tuvo firmeza de carácter para manejarse en una situacion en que tantas otras saben arrostrarlo todo; que pagó con su vida una infidelidad forzada y pasajera en que yo solo era culpado, y que si hubiese seguido los consejos de la prudencia y de la razon, viviria en Lóndres perfectamente dichosa.

En medio de las solitarias campiñas de estas comarcas salvajes, en las márjenes de Scuilquill, al llevar adelante estos ambiciosos proyectos, que debian ceñir mi frente con una nueva diadema, es en donde finalmente he encontrado la única mujer, digna de reem-

plazar á Beledza, y consolar á mi corazon todavía sensible al amor. Víctima de las dos pasiones mas terribles que dominan el corazon del hombre, la que me arrastra hácia Clara Vieland, es quizá la mas irresistible, y acaso le sacrificaria el trono de la América septentrional, si se necesitara este nuevo sacrificio para poseerla, y si es que cometiendo alguna nueva imprudencia por su causa no le comprometo antes de subir. ¡Desgraciado el que intentara quitármela! Me siento capaz de todo para conservarla, porque al verme amenazado de perderla, confieso que para evitar esta desgracia he osado destruir hasta mi misma reputacion. No está lejos el instante

en que le ofreceré una reparacion ruidosa, y en que nadie sobre la tierra se atreva en adelante conservar la mas lijera sospecha. Ignoro todavía cual será el éxito de mi arrojada empresa; pero solo deseo ahora una corona para partirla con ella. Para presentársela me espongo á los riesgos mas inminentes, quedando consolado de perderla, si me queda esta mujer encantadora, y si un dia tengo la dicha de poseerla. Todo está preparado.... Mi suerte va á decidirse. ¡Ah! ¡que me sea favorable! Con que Clara lleve un solo dia el título de reina, quedarán satisfechos mis deseos; y ceñido con la diadema real, coronado por el amor y la fortuna, dejando un grande nombre y brillan-

tes memorias, habré vivido bastante, y al otro dia espiraré sin dar un suspiro, ni manifestar el menor sentimiento.

FIN DEL TOMO TERCERO.







